

LO QUE OS QUEDA

*A Jaled, el primero que ha
retornado y que sigue caminado*

G.K.

ACLARACION

Los cinco personajes de esta novela –Hamed, Mariam, Zacarías, el reloj y el desierto- al moverse, no siguen líneas paralelas ni tampoco contrarias, como parecería a primera vista, sino líneas discontinuas que a veces convergen hasta el punto de fundirse en sólo dos. Esta convergencia afecta también al tiempo y al espacio, ya que no hay ninguna separación precisa entre lo que sucede en lugares alejados uno de otros ni entre lo que sucede en diferentes momentos, por lo que a veces, el tiempo y el espacio también se confunden.

Reconocemos la dificultad que supone entrar en un mundo en el que todo se confunde, pero era inevitable que así fuera si queremos que la novela exprese de una sola vez todo lo que se ha propuesto decir. Por ello, para indicar los momentos en que sin previo aviso se producen las convergencias, los encuentros y los movimientos, hemos recurrido al artificio de utilizar diferentes caracteres de imprenta.

Hay que reconocer que esta artificio puede molestar sobremanera el paso de una secuencia a otra –que tendría que producirse por sí solo sin indicación alguna- y podría considerarse el establecimiento deliberado de un orden en un mundo en que la realidad es todo desorden. Pero experiencias anteriores de este género demuestran que este recurso era inevitable.

Gassan Kanafani.

Sólo entonces pudo mirar de frente al disco rojo que, colgado encima del horizonte, se extinguía como una antorcha inmersa en el agua. Instantes después, el sol se hundió por completo y dejó tras de sí, suspendidas en el cielo, estelas incandescentes que se desvanecían sobre un fondo, primero gris brillante y después como un lienzo esmaltado de blanco.

De pronto apareció el desierto. Inmerso, hasta donde alcanzaba la vista. Por primera vez lo veía respirar como un ser vivo, misterioso, terrible y manso a la vez, y cambiar bajo las cenicientas ondas de luz, hasta retroceder poco a poco, tras el manto negro del cielo, que descendía.

Inmenso, oscuro. Demasiado grande para amarlo como para odiarlo. Nunca silencioso. Lo sentía respirar como un cuerpo monstruoso. A medida que se hundía en él, le comenzó el vértigo. El cielo se cerraba sobre él sin ruido y, detrás, la ciudad se alejaba hasta no ser más que un punto negro perdido en el horizonte.

Ante sí, hasta donde alcanzaba la vista, el desierto. Sobre su vientre, sobresu pecho, oía el ritmo acompasado de su respiración. En el inmenso telón negro que se alzaba tras el horizonte, una a una se abrían las ventanas por donde asomaban las estrellas de hiriente fulgor.

Sólo entonces supo que no volvería nunca más. Tras de sí, en la lejanía, Gaza desaparecía en la noche como de costumbre: primero la escuela, después su casa, luego la playa plateada que se hundía en las tinieblas y, por último, las luces débiles, mortecinas, de la ciudad, que vacilaban unos instantes hasta extinguirse una tras otra, lentamente. Avanzaba, y sus pasos en la arena producían un crujido sofocado. Tenía la misma sensación que cuando se lanzaba al mar en medio de las olas: una sensación de fuerza y de poder, pero también de impotencia y de fragilidad.

Se hundía en la noche como un ovillo de lana cuyo cabo hubiera quedado sujeto en su casa de Gaza. Durante dieciséis años aquel ovillo de lana se había devanado en torno suyo y, por fin, hoy se libraba de él mientras se arrastraba en la noche: “Repíte: Te doy por esposa a mi hermana Mariam –te doy por esposa a mi hermana Mariam- por una dote de –por una dote de- diez guineas¹ –diez guineas- pagaderas más tarde –pagaderas más tarde”. Estaba sentado frente al *Sheik*². Detrás de él los presentes tenían los ojos clavados en su espalda. Todos sabían que nunca la habría dado por mujer si no fuera porque estaba en cinta del que iba a ser su cuñado, de aquel canalla sentado a su lado, que con gesto burlón parecía reírse para sus adentros.

¹ La guinea, es decir la libra egipcia, era la moneda utilizada en Gaza desde que este territorio pasó a estar bajo administración egipcia después de la guerra árabe-israelí en 1948.

² Además de anciano y de jefe de tribu, *sheik* es también el título que llevan los gobernantes y los personajes de alta alcurnia de algunos países del Golfo Árabe, y, como en este caso, el título dado en los países de Oriente Medio a los dignatarios o jefes religiosos de la comunidad islámica.

El total pagadero más tarde, claro, lo que ahora corría prisa era el feto que se agitaba en las entrañas. Fuera de la habitación la agarró por el brazo: “He decidido irme de Gaza”. Ella sonrió. Su boca pintada de rojo parecía una herida abierta “¿Adónde te irás?. Parecía querer añadir algo, decirle que aquello era imposible. “Me voy a Jordania por el desierto”. “¿Huyes de mí?”. Movi6 la cabeza como para asentir: “Lo eras todo para mí y te has deshonrado, me has engañado... Si tu madre estuviera aqu6”.

Mañana cuando acueste a su hijo bastardo le dirá: “Si tu abuela estuviera aqu6...” Después el ni6o crecerá, se casará y tendrá hijos y a su hijo le dirá: “Si tu bisabuela estuviera aqu6...” Si... si... Desde hacia dieciséis a6os no había hecho más que repetir: “Si tu madre estuviera aqu6”. Cuando reñía, le decía: “Si tu madre estuviera aqu6”. Cuando reían, cuando a ella le dolía algo o cuando faltaba un plato, cuando a él lo echaban del trabajo y cuando encontraba otro: “Si tu madre estuviera aqu6, si tu madre estuviera aqu6”.

Su madre nunca había estado en Gaza, a unas horas a pie de Jordania. Durante dieciséis a6os nadie pudo ir hasta allí. Pero él, inconscientemente, justo en el momento en que pronunciaba las palabras: “Te doy por esposa a mi hermana Mariam...”, había decidido que se iría allí.

Bullía por dentro y se tragaba toda la amargura que le consumía las entrañas. Ella, con su sonrisa como una herida abierta, volvió sobre sus pasos y dijo al canalla que más que hablar, gruñía detrás: “Tu cuñado Hamed quiere irse de Gaza”. Zacarías respondi6 sin mirarlo, como si no lo conociera, como si no estuviera allí: “Hamed habla mucho, déjalo” En el mismo instante se preguntaba para sus adentros: “¿D6nde habrá podido ocurrir?”. Le miraba el vientre ligeramente abultado bajo el vestido. Seguro que un día se había ido de la escuela pidiendo permiso al director, quizás con el pretexto de que tenía un dolor de cabeza terrible. Eso era lo que decía siempre: “Me duele la cabeza que me estalla”. Después había ido a la casa mientras él estaba ausente. Ella le abrió la puerta y él había entrado, le había desabotonado la blusa... Y ella pretende que no se dio cuenta de nada. Pero, ¿cuándo sería?

Ella se dio vuelta sin pronunciar palabra y, con aire ausente, empez6 a responder a las felicitaciones de los invitados. En todo el cuarto flotaba una letanía de enhorabuenas³. Él, sin dejar de mirarla, estrechaba las frías manos que le tendían. Desde hacía dos meses lo roía una obsesión cada vez que la ira lo agujijoneaba. Con un largo cuchillo en la mano, se abalanzaba sobre su cama y le descubría el rostro mientras a sus ojos desorbitados asomaba el espanto. La agarraba del cabello murmurando unas palabras breves, pero tajantes y claras; otras veces, sin pronunciar una palabra, le bastaba con mirarla y ella comprendía. Después, de un solo golpe le clavaba el cuchillo en el coraz6n y se lanzaba fuera

³ La palabra árabe es *mabruk* y equivale a lo que sería en espa6ol “felicitaciones” o “enhorabuena”.

de casa en busca de él, su cuñado. “Te doy a mi hermana Mariam por esposa por una dote de diez guineas pagaderas más tarde”. Su cuñado.

Había dejado que la deshonrara. Se había dado a aquel canalla en un cuarto de hora que le había robado a él. Y ahora el niño que crecía en su vientre.

Lo tenía agarrado por el cuello: “Eres libre de dármela o no por mujer. No seré yo el que pierda”. “¿Pero, por qué no me dijiste nunca que querías casarte con ella?” Movi6 la cabeza sonriendo con el aire de un comerciante honrado que tratara de indemnizar por una mercancía dañada: “Lo que pasó, pasó”. Le entraron ganas de levantarse y pegarle. El otro seguía con la misma sonrisa: “No irás a pegarme, ¿eh? La gente va a decir que me has pegado porque soy el que...”

“¡Basta!”. Era un ser insignificante, horrible como un mono. Se llamaba Zacarías. Con sus grandes manos hubiera podido agarrarlo por la cintura y estrujarlo hasta ahogarlo. Pero no, no podía hacerlo. Su hermana Mariam escuchaba detrás de la puerta con el crío que se agitaba en su vientre. Cuando el último invitado se fue, el cuñado cerró la puerta y, como si estuviera en su casa, se quitó los zapatos y se arrellanó en el asiento igual que una porquería que se hubiera posado allí por casualidad en el lugar menos indicado. Después lanzó un suspiro, cruzó las manos detrás de la nuca y su mirada odiosa recorrió el cuarto con satisfacción. Por último, se posó en ella: “Así que entonces quiere irse por el desierto. Ni siquiera me felicitó. Ahora soy su cuñado, ¿no?, y además soy más viejo que él”. Después se levantó bruscamente, como si un resorte lo proyectara en el aire y se puso a recorrer la habitación con los ojos fijos en el suelo: “Lo que quiere es intimidarnos, Mariam. ¿Por qué no le dices que a nosotros eso nos deja fríos?”. Apoyada contra la pared, ella permanecía en silencio en actitud encogida como una vieja esposa que estuviera de más. Se detuvo y la miró de nuevo, su voz adoptó un tono patético: “El desierto puede tragar diez como él en una sola noche”. Le daba la espalda como para mostrar bien a las claras que era sólo a Mariam a quien se dirigía: “En primer lugar, tendrá que atravesar la frontera nuestra, después la de ellos dos veces, y luego la frontera jordana. Y además de esas cuatro posibilidades de encontrar la muerte hay cientos más en el desierto. .. ¿No te das cuenta de que nos está gastando una broma pesada?”. Ella seguía sin responder. La atmósfera del cuarto era tensa, sofocante. El cuello de la camisa aparecía rodeado de un hilo de sudor. Oía el jadeo de su propia respiración. Sabía muy bien que sería absurdo decir algo, pero tampoco podía permanecer callado. Se levantó, se dirigió a la puerta con decisión y, antes de salir, se volvió: “Me voy mañana por la tarde”.

Bajó la escalera con precipitación. Hubiera deseado oír una llamada, la voz de Mariam que gritara para retenerlo: “¡Hamed, vuelve!”, pero nada, sólo el ruido de sus pasos en la escalera. Antes de llegar a la acera, oyó la puerta que se cerraba sin que saliera de allí una palabra. Después, se hizo el silencio.

Ahora, la noche había caído por completo y con ella encima, soplaba en el

desierto un viento helado como el aliento de un muerto. Ya no sabía si tenía miedo de aquel cuerpo que se extendía hasta el infinito y que con los latidos de un solo corazón llenaba la inmensidad del cielo. Se detuvo un momento y miró hacia el firmamento como una tienda negra agujereada, el espacio oscuro como un abismo. Se alzó el cuello del abrigo y hundió las manos en los bolsillos. De pronto, el ruido se desvaneció. Estaba solo con aquel ser vivo debajo de él, dentro de él, que respiraba con un silbido y se bañaba majestuosamente en un mar de oscuridad rutilante. Sintió un ruido a lo lejos, pero no le pareció extraño. En aquella inmensidad plana abierta a todo, nada podía sorprender, nada podía ser más que pequeño, nítido, familiar. El ruido que, al principio, parecía venir de todas partes no tardó en volverse más preciso. Como una inmensa aguja blanca, un rayo de luz barrió el horizonte y dibujó un semicírculo. Luego, a lo lejos, dos ojos luminosos se movieron en todas direcciones y proyectaron a sus alrededores destellos de luz. No tenía miedo. Sin vacilar un instante, se echó al suelo. Bajó su cuerpo, la tierra temblaba como una muchacha virgen. El hilo de luz acarició con suavidad las ondulaciones de arena. Se apretó contra ella y la sintió suave, caliente. De pronto el ruido aumentó. El auto estaba ahora completamente enfrente. Hundió los dedos en la arena. Como un ser vivo, aquella carne infundía calor a todo su cuerpo, el soplo ardiente de su respiración se desparramaba por sus mejillas. Hundió más la boca y la nariz. Los latidos se hicieron más intensos. De pronto, el automóvil cambió de dirección. Brillaron las luces rojas de atrás y después se fundieron en la noche. “Te doy a mi hermana Mariam por esposa...” Recostó de nuevo las mejillas contra aquel pecho ardiente. La brisa fresca que soplabla, lo bañó. Las luces rojas habían desaparecido ahora, como si una mano las hubiera apagado. “Si mi madre estuviera aquí... si mi madre estuviera aquí...”. Se dio vuelta y sus labios rozaron la tierra ardiente. “No puedo odiarte, ¿pero seré aún capaz de amarte? Y a ti que en una sola noche puedes tragar diez hombres como yo, he elegido amarte. No me queda otro remedio más que amarte, eres todo lo que me queda”.

Eres todo lo que me queda... Tan lejos de mí aunque estés en mi cama... Me dejas sola mientras cuento esos golpes metálicos, fríos, contra la pared. Golpean. Golpean. Golpean en ese ataúd de madera colgado frente a la cama. Lo trajo él mismo de zoco un día de julio. Cuando llegó a la puerta no podía sacar la llave del bolsillo porque no llevaba en los brazos y, como me dijo después, era demasiado pesado. Cuando llegué, lo encontré de pie delante de la puerta, pensativo, como si se hubiera olvidado de sí mismo. Chorreaba sudor y no parecía enfadado. Me miró y dijo: “¿Por qué has tardado tanto?” ¿Tardado? ¿Qué es eso que traes ahí?. Echó una mirada a lo que llevaba en los brazos: “Es un reloj de pared, pero parece un pequeño ataúd, ¿no?”. Entramos en casa y se dirigió de inmediato al dormitorio. Frente a su cama había un clavo grande en la pared. Lo colgó allí mientras yo le sostenía la silla. Luego bajó,

retrocedió unos pasos y lo miró satisfecho. Pero no funcionaba. Reflexionó un momento. Se me ocurrió decirle: “Quizás haya que darle cuerda”. Movié la cabeza: “No, lo que pasa es que está inclinado. Un reloj de pared con péndulo no funciona si no está derecho”. Volvió a subirse a la silla, lo movió ligeramente y, como si hubiera dado en el blanco, en el mismo instante empezó a sonar. Nos pareció que los golpes metálicos eran como los de una muleta contra el suelo. Cuando volvió a poner la silla en su sitio, le hice la pregunta que sin duda estaba esperando: “¿Cuánto te costó?” Pero la que me sorprendí fui yo ante la respuesta que no me esperaba: “No lo compré, lo robé”. Desde ese día, sigue allí colgado y golpea sin caer con ese ruido metálico como el de una muleta, golpea... golpea... golpea... Zacarías. Golpea... Ahora sólo me quedas tú y el reloj. A él lo dejamos irse sin una palabra. Oí sus pasos en la escalera como si vacilara. Creí que volvería. Estaba desgarrada entre él, todo mi pasado, y tú, que eres todo mi futuro. Pero no me moví y tú tampoco te moviste. No volvió. Luego cerraste de un portazo, cerraste todo y entraste en el otro cuarto. Cuando me reuní contigo, me aseguraste que volvería, que era demasiado joven para atravesar solo el desierto y que pronto se daría cuenta de que lo que pretendía hacer era un disparate.

Si mi madre estuviera aquí se habría refugiado en la casa de ella. Y yo también. Las dos habríamos hablado de él. Una sola palabra. No habríamos dejado nunca que las hojas de la puerta se hubieran cerrado tras él para borrarlo por siempre de nuestras vidas.

Con el hijo del panadero me envió su primer y último mensaje; “Me voy al anochecer. Te escribiré desde Jordania, si llego”. Debajo, con trazado cuidadoso, su pequeña firma: “Hamed”, como cuando salía por alguna razón y dejaba un recado en el reverso de un paquete de cigarrillos que ponía de manera visible sobre la radio: “Vuelvo enseguida. Hamed”. Sabía que nada más llegar a casa lo primero que hacía era dirigirme a la radio... Pero lo hemos engañado, Zacarías, lo hemos engañado. Tenemos que reconocerlo. Ahora está lejos. Camina desde hace por lo menos tres horas y sus pasos puedo contarlos uno a uno como eso golpes metálicos que resuenan contra la pared. Los golpes del ataúd. *Golpes llenos de vida que resuenan sin cesar contra mi pecho sin otro eco que el miedo. Contra el alto muro que se alzaba tras él, caminaba como un animal perdido resuelto a ir hasta el final de aquel viaje sin fin cargado de cólera, de pena, de asfixia y quizás de muerte. La canción única de la noche en mi cuerpo. Desde que sentí su primer paso supe que era extranjero. Al verlo, me convencí. Estaba solo, sin armas, y quizás también sin esperanzas. A pesar de ello, desde el primer instante de pavor, me pidió que lo amara porque no podía odiarme. No puedes odiarme, Zacarías, no puedes, eres todo lo que me queda. Él se ha ido, ha quedado borrado de esta habitación. De él no queda nada más que ese sonido metálico contra la pared, incesante, como una muleta sin*

rumbo. No me queda nada que hacer, más que contar esos golpes, mientras tú duermes tan cerca de mí, lejos... como la muerte.

No lo conoces aunque hayan trabajado juntos en la tienda que llamabas la “escuela del campo”. Y él tampoco te conoce a ti. Yo soy la única que los he conocido a los dos. Su opinión sobre ti se limitaba a una expresión muy breve que pronunció el día que te encontramos por casualidad. Era la primera vez que yo te veía. “-¿Cómo se llama? -Zacarías... -¿De dónde lo conoces? -Es un colega de la escuela del campo -¿Es amigo suyo? -Por supuesto que no, “es un cerdo”.”

Y eso era todo: “Es un cerdo”. Nunca cambió de parecer, incluso cuando se enteró de lo nuestro, la única palabra que pronunció fue ésa: “¡Cerdo!”. Después se fue... El péndulo se detuvo de pronto, un solo instante, y el reloj dio nueve campanadas. Caminaba desde hacía tres horas... No supo que tres días más tarde me paraste en la calle y me dijiste: “Saludos a Hamed”. No le transmití tus saludos porque sabía que me habías parado por otra razón... *Se detuvo de pronto y miró primero el cielo, después el reloj. Supe que pensaba en lo que piensan todos: recorrer el mayor camino posible antes de que amaneciera. Todo el mayor camino que le permitieran sus piernas jóvenes. Yo estaba extendido ante él, entregándome sin reservas a su juventud, a sus pasos que golpeaban mi carne. Pero como los demás, tenía miedo de esa extensión infinita, sin colinas, sin hitos, sin caminos. Permanecía de pie y miraba un punto ante sí, allí donde la negrura de la tierra se confunde con la negrura del cielo. Después volvió a caminar lleno de juventud, pero también de cólera, de angustia, de tristeza.* No podía decirle que se había desviado un palmo hacia el sur y que el amanecer lo sorprendería en medio del desierto con el ardiente sol encima. Nunca supe por qué pasé aquella tarde delante del café donde estabas sentado. Como si fuera por casualidad. Ni por qué me rezagué para darte la ocasión de verme y de que me alcanzaras. No sabía que ese instante tan breve me llevaría, cuatro meses después, a tu cama, frente a ese ataúd colgado de la pared, que no deja de sonar. Sonar. Frente a su cama, la cama de él. Era en esta habitación donde dormíamos juntos. Entonces la tía todavía no había muerto y dormía en la otra habitación. Mi cama estaba debajo de la ventana y la suya al otro lado de la habitación, frente al reloj. Después de la muerte de la tía, pasó mi cama al otro cuarto y él se quedó aquí frente al reloj, en esta cama, escuchando los golpes metálicos, secos, que resuenan contra la pared sin cesar.

La tía murió en la cama de él... Se me ocurrió ahora pensar que eso era lo que él quería porque cuando cayó enferma por última vez decidió llevarla a su cama sin decir nada. Allí murió una noche cuando el reloj acababa de dar la una. Una campanada, una sola, con un golpe seco, hiriente. O como un último paso. Eso nos pareció a los dos. Puede que a ella también. Dirigió una mirada al reloj y después a mí, mientras le hablaba a él: “Recuerdos a mi hermana. Si Dios

quiere algún día irán a reunirse con ella o vendrá ella aquí con ustedes”. Volvió a mirar el reloj que había empezado otra vez a sonar como si fuera por primera vez y, sin dejar de mirarlo, dijo: “Cuida de la muchacha”. Salí de la habitación. La muchacha. La muchacha... Allí seguía la muchacha en mis vestidos, en mi cuerpo ardiente, en mi cama. Tan extranjera como la separación misma... *No me di cuenta de que había salido, pero la tía señalaba con su dedo escuálido hacia la puerta: “Cásala, Hamed, cájala. Sé muy bien lo que es una muchacha”. Pero la muy sinvergüenza no había esperado. Me vino con un crío en el vientre. ¿Y el padre? Ese cerdo, ese canalla de Zacarías. Me engañaron los dos y después me echaron de casa. Me hundió en su vergüenza. “Te doy a mi hermana Mariam por esposa... Pagadero más tarde... más tarde”. Vino y me dijo: “Tengo que contarte algo grave”. Con el corazón palpitante le dije: “Pues siéntate”. Se sentó con las manos cruzadas sobre el regazo. Posé la mirada en aquellas manos y enseguida comprendí. Sobrecogido de espanto, el sudor me manaba de la frente y me anegaba los ojos. Creí oír un grito que salía de sus entrañas, un grito desgarrado que se escapaba de entre sus nalgas detrás de las manos cruzadas como si quisiera esconder algo. Entonces se echó a llorar y dijo con voz débil: “¿Dios mío, lo sabías?” Me agarró la mano entre las suyas y la acarició con los labios húmedos de lágrimas. Divagaba: “Pero nos casaremos, Hamed, nos casaremos”. Casi sin pensar con un autómatas, le pregunte: “¿Quién es él? -Zacarías- ¿Zacarías? ¿Zacarías? -Espera un momento, ¿Zacarías? ¡Dios mío!”.* Detrás del campo se alzaba el gran paredón. Fue allí adonde nos llevaron a todos. En el pasadizo angosto que lleva al edificio en ruinas hubo apretones. Nos imprecaban en hebreo, salpicado de palabras en un árabe entrecortado. Después nos pusieron en fila y nos registraron a fondo, con las piernas separadas y las metralletas bajo el brazo, apuntándonos. De pronto empezó a lloviznar y el campo se sumió en un silencio negro y desolado. A mediodía, llegó el oficial y llamó: “¡Salem!”. La fila, calada hasta los huesos, permaneció silenciosa. Volvió a gritar el mismo nombre con voz más chillona. Uno de los hombres, nervioso, dio unos pasos para desentumecerse y se oyeron crujir los guijarros. Después, de nuevo el silencio. Incapaz de contener su impaciencia, el oficial parecía a punto de estallar. Detrás de él, como la música de fondo que acompaña con perfección sin igual una obra de teatro magistralmente interpretada, se oyeron chasquear las mandíbulas de acero de los fusiles al engullir las balas. Despacio, el oficial se apartó y dejó el campo libre a los cañones que nos apuntaban. “Sabemos que está entre ustedes, pero si se empeñan en ocultarlo vamos a mandarlos a todos al infierno”. Los guijarros volvieron a crujir. Cerré los párpados, el mundo se alejaba de mí, ya nada tenía sentido. Fue en aquel momento cuando Zacarías salió de la fila y, postrado, de rodillas, con los puños cerrados sobre el pecho, se puso a gritar. Los cañones de acero se apartaron vacilantes. El oficial se

acercó y le dio una patada. Después ordenó a dos soldados que lo ayudaran a levantarse porque las piernas le flaqueaban tanto que era incapaz de hacerlo por sí solo: “Les diré quién es Salem”. Pero antes de que lo hiciera, Salen salió de la fila sorprendentemente. Se detuvo delante de nosotros y nos dirigió una mirada cargada de gratitud. Una mirada inolvidable. Después se lo llevaron. Se volvió hacia Zacarías para decirle adiós. En su mirada se anunciaba ya la muerte. Helada, dura, como la de un espectro. Desapareció tras el paredón. Después se oyó una descarga, una sola. Todos, como si hubiera habido transmisión de pensamiento, miramos a Zacarías, Zacarías, Zacarías. Mi cuerpo ardía bajo mis vestidos aquella llama viva me devoraba día y noche. Cuando me cambiaba de ropa y colgaba los vestidos en la pared, delante del reloj que todas las mañanas en su pequeño ataúd repetía incansablemente su fúnebre tictac, mis pechos de fuego brincaban como presos en la red de Hamed y mis manos se deslizaban inconscientemente a lo largo de mis nalgas, bajo el eterno tictac del reloj. En casa no había ningún espejo grande en que pudiera mirarme de cuerpo entero. Sólo podía ver mi rostro y, si inclinaba un poco el espejo, el pecho, el vientre, las nalgas. No era más que pedazos sueltos de un cuerpo de muchacha desgarrada perseguida por los sonidos roncós, secos, zahirientes del ataúd, que golpean contra la pared sin piedad. Fuiste el primero que me tocaste. En aquel momento parecías tan cerca de mí como si toda la vida hubiéramos vivido juntos en la misma ropa. Entre tus dedos, tus manos, tus labios, y bajo tus ojos, te entregué treinta y cinco años de mi vida, año tras año, al sonido de aquel tictac, como una muleta que hubiera perdido el rumbo. ¿Tendré que verte toda mi vida como un ladrón que te robas una mirada a la vuelta de una esquina? “¿Por qué no nos casamos entonces?” Tu hermano Hamed me pedirá una dote de veinte camellos⁴. “Pregúntale”. Ese pequeño no soporta ni el sonido de mi voz, lo conozco. Preferiría matarte antes que verte con un hombre, así que no digamos sí, encima ese hombre se llama Zacarías. Entonces, ¿es que no quieres casarte conmigo? Sí, claro que sí, ¿pero por qué no quieres verme? Le di todo lo que hay en mí de salvaje, pero él, sin saberlo, se alejó de su camino. Una sola cosa no podía darle: el tiempo. Se le escapaba a cada paso que daba. Después de todo, no era el tiempo lo único que tenía en contra suya. Más que rivalizar con él, luchaba tan sólo por no perderlo. Con un ímpetu salvaje que sin saber de dónde le venía, agitaba todo su ser, sintió que tenía que detenerse y se detuvo. Ante sí, en el horizonte se divisaban luces y un camino y se oían ruidos lejanos. Si hubiera sabido que iba adelantado, pero no lo sabía. Se detuvo y se puso a meditar. Con el movimiento le había entrado calor a pesar del viento frío que soplaba en todas direcciones. Escupió. No importaba. ¿Qué tenía que ver yo con los sentimientos que se agitaban en su

⁴ Expresión de origen beduino que equivale a decir, “una dote muy elevada”.

*interior? Lo único que me importaba era el rumbo que tomaría y, en aquel momento, estaba en la mala dirección. Parecía seguir furioso por algo con lo que yo no tenía nada que ver y que tampoco tenía la menor relación con aquella parada de media hora lejos del buen camino. Sucedió exactamente lo que yo me había imaginado. Al querer mantenerse a una distancia prudente de las luces, volvió a equivocarse de rumbo y se dirigió directo hacia el sur, casi sin reflexionar, fiándose sólo de su instinto que el miedo avivaba y ofuscaba al mismo tiempo. La misma mezcla de sensaciones que llenarían a un intrépido aventurero perseguido que golpeará con ambos puños una puerta desconocida. Cuando lo vi ante la puerta temblé de miedo y de emoción. Hamed acaba de irse hacia sólo cinco minutos y Zacarías estaba allí en el umbral, seguro de sí mismo. Me preguntó: ¿Está en casa?” Y sin esperar respuesta avanzó. Entraste, me pusiste la mano en el hombro y bajo aquel peso me sentí dominada. “Quisiera hablarte de nuestro matrimonio”. Sentí tal embriaguez que ni supe cómo acerté a decirle: “No está en casa”. “¿Tardarás mucho? Quiero decir, ¿puedo esperarlo?” “No sé, creo que no. Fue a buscar las cartillas de racionamiento. Estamos a primeros de mes, ya sabes”. Entonces avanzó hacia dentro y de pronto se volvió: “¿Tienes miedo de mí?” “No ¿por qué?” Te acercaste, me plantaste en el cuello tus labios ardientes y caímos juntos en el sofá que me servía de cama. Ahogada contra mis vestidos me llegaba tu voz: “Así que entonces va a tardar”, sentí tu mano apretándome el pecho, “entonces va a tardar, pasaba por aquí casualmente”. Tu cuerpo se apretujaba todo él contra el mío y yo me sentí arder, “pasaba por casualidad cerca del centro y vi una multitud increíble. Es verdad, estamos a primero de mes”, no supe cómo sentí después tus manos toscas en mi espalda desnuda, “así, que entonces va a tardar”. Las palabras me llegaban al oído y allí revoloteaban sin sentido. Ya no me importaba que tardara o dejara de tardar. Después te volviste a vestir: “Es mejor que me vaya”. Estaba desplomada, muda, todo se desmoronaba en mi interior. Cuando la puerta se cerró, oí el reloj que daba ocho campanadas como si también él llamara a la puerta. Si mi madre estuviera aquí, Zacarías, si mi madre estuviera aquí. Pero no hay nadie más que tú. Y Hamed me degollaría si lo supiera. Creo que estoy encinta. Sonreíste y me posaste la mano en el hombro mirándome el vientre como si pudieras ver a aquella criatura perdida, envuelta en mis entrañas, que desde su escondrijo observaba furtiva el mundo con sus ojillos extraviados. Fue en una callejuela donde me dijiste: “Eres una tierra fértil, diablesa, una tierra fértil. Te lo digo yo”. *Una tierra fértil sembrada de ilusiones y de incógnitas. Todas las hojas de acero del mundo se han quebrado contra tu dorado pecho desnudo. Tu pecho árido que se extiende hasta mi infinito y hasta el suyo y se baña majestuoso en un mar de tinieblas. Todos los aceros del mundo se han quebrado uno tras otro sin poder arrancar una sola raíz de tu cosecha vigorosa y exuberante. Al que se adentra en tu seno lo engulles hasta hacer de él una raíz**

más perdida en la inmensidad, pero firme, que en tus entrañas se nutre de la sustancia necesaria para crecer. No hay nada que cosechar. No me lo digas, aunque lo pienses. Tengo miedo. No me atrevo a deshacerme de él, a deshacerme de mi vergüenza. Pero Zacarías es mi única vergüenza en treinta y cinco años de castidad y recato.

El reloj dio las diez. Golpea... Golpea... Como una miserable muleta abandonada que repite siempre el mismo sonido en el pequeño ataúd cuidadosamente cerrado. Camina sin parar desde hace cuatro horas mientras tú, acostado junto a mí –oigo tu respiración– me dejas sola con él contando sus pasos contra la pared. ¿Qué es lo que le queda? ¿Acaso lo sabes?, Zacarías... Zacarías...

-¿Sigues sin dormir?

-No, pero dime, Zacarías, ¿cuánto se tarda en ir de Gaza a Jordania a pie?

-Ya te lo dije mil veces.

-No, no me lo dijiste.

-Doce horas...

Se recostó de lado. El reloj seguía con su tictac. Apoyado en el brazo, añadió:

-Eso, si conoce bien el camino.

Se me acercó y buscó mi rostro en la oscuridad:

-Y si no tropieza con una patrulla...

Se sentó, se pasó los dedos por el pelo y miró su reloj:

-¿Qué hora es?

-Acaban de dar las diez.

-¿Y aún piensas en él?

-Sí.

-Hice a mi manera todo lo que pude por impedirselo. ¿No estás enfadada conmigo, verdad?

-No.

-Entonces trata de dormir.

-Eso intento desde hace dos horas por lo menos.

Volvió a deslizarse en la cama y hundió su rostro en la almohada.

-De todas maneras, de nada sirve pensar en él toda la noche. Lo mejor es que mates el tiempo y duermas.

-No puedo.

Se dio vuelta y calló. De nuevo me sentí sola en aquella habitación vacía, pero llena de aquellos golpes monótonos e incesantes que me penetraban por los oídos y me invadían la cabeza. Extendió la mano para tomar una caja de fósforos el velador y después encendió un cigarrillo. La luz le iluminó el rostro, cuadrado, tosco, con los pequeños ojos semicerrados que le brillaban en la oscuridad. Se incorporó, se recostó en la almohada y aspiró una bocanada. En la

negrura de la noche flotó un punto luminoso que los golpes de la muleta no tardaron en extinguir.

-Cambiaremos los muebles de la casa en la medida de nuestras posibilidades. Las dos camas pueden pasar, pero trataremos de cambiar los sillones de la otra habitación.

-Hay que pensar en el niño.

-¡Estás loca! Créeme, vas a perder la juventud por causa de esa criatura. Un día lo maldecirás, maldecirás a su padre y la hora en que no hiciste caso de un buen consejo. Te vas a volver una mujer fofa con todo el vientre lleno de vetas como si hubieras tenido la viruela. Sé lo que te digo, yo lo he visto con mis propios ojos, y durante todo un año no serás una mujer sino un barril de leche.

Se acercó a mí con el cigarrillo entre los labios, y me pasó la mano por el pecho y el vientre.

-Tienes un cuerpo maravilloso, no sabes hasta qué punto. Mañana, cuando hayas puesto tu enorme huevo, te volverás una montaña de carne y no te quedará más que ese “pequeño berreón” que hará de tu vida un infierno.

De pronto surgió ante mí. Me había dicho a mí misma que nunca pensaría en ella hasta el punto de que ni siquiera le pregunté cómo se llamaba. Pero de súbito, apareció a los pies de la cama con sus hijos a cuestas mientras él me hablaba y seguía con su gruesa mano cálida en mi vientre.

-Nunca me dijiste cómo se llamaba.

De pronto retiró la mano y aspiró una bocanada de humo. Hubo un silencio. La muleta volvió a golpear con velocidad redoblada.

-Sabía que me lo preguntarías un día. No es que no quiera decírtelo, pero ¿por qué ahora?, ¿por qué te ha pasado eso ahora por la cabeza?

-Tu mano, tu mano encima de mi vientre... ¿Hacías igual con ella?

-¡Qué sé yo!, pero te daré un consejo, sólo por tu bien: trata de no pensar demasiado en ella.

-¿Qué fue lo que te dijo?

-No dijo nada. No hacía más que llorar sin parar, ¿cómo iba a encontrar tiempo para hablar?

Se me acercó aún más y su aliento avivó la llama que en mí ardía. Sabía lo que pasaría y que sería incapaz de resistir. Mis vestidos se deslizaban entre sus dedos, que recorrían mi cuerpo exuberante, en torno a mí, la noche palpitante exhalaba olor a hombre. De pronto, me sentí balanceada hacia arriba hacia abajo, agarrada por los hombros, arrojada, empujada, levantada, apartada, arrastrada, estrujada, inmersa en una ola de horror helada y ardiente a la vez. Hasta que perdí el conocimiento. Hamed me sacudió, me apretaba por los hombros con sus manecitas llenas de ternura: “Mariam, ¿te sientes mal?” “No, no pasa nada, ¿dónde está mamá?” “La dejaron allá, en la playa, pero se reunirá con nosotros. La tía nos acompaña”. Era pequeño, pero de un valor increíble.

Escudriñaba a la gente con ojos tiernos y una expresión de reto en la mirada; y se pegaba a mí como un pequeño escudo de acero al acecho de la punta de una lanza. Tras la playa, en la oscuridad, Jaifa ardía en llamas. Una lluvia de bólidos de fuego se abatía con estruendo sobre la ciudad. Nos arrastraba una ola oscura de gritos y de llamadas, “¿Por qué dejaste a mamá en la playa?” “No la dejé, la barca estaba llena, pero tomaré otra. Los hombres cuidarán de ella, yo tenía que venir contigo y la tía también”. Sólo tenía diez años y yo veintitantos, y creo que fue entonces, en aquel momento de locura, cuando comprendió todo. Pasó la noche sin dejar de mirarme con sus ojos de pequeña ave rapaz. En torno a nosotros el vacío negro, infinito. Los remos golpeaban la superficie de las olas. Golpeaban, golpeaban, y al poco rato Jaifa se esfumó en el horizonte como una antorcha inmersa en el agua. *Te he querido, más que a mi propia vida, sinvergüenza. He pasado mis días y mis noches sólo para servirte sin descanso. Quería hacer de ti una mujer honrado y casarte un día con un hombre honrado. Pero te abriste de piernas ante el primero que vino. El primer cerdo. Y ahora lo llevas en tus entrañas, sin pensar en mí ni un solo instante. Puede que hasta tampoco en él. Sinvergüenza, más que sinvergüenza. Pero te vas a encontrar enfundada en sus calzones como la otra y se repartirá entre las dos. Allí morirás, diré a nuestra madre que has muerto y que te enterré en el pantalón de un cerdo casado con otra mujer a la que ya le hizo cinco chiquillos y puede que un sexto esta misma noche. ¿Cómo vamos a vivir los dos juntos? ¿Te instalarás aquí conmigo y la dejarás a ella? ¿Pensar que ni siquiera se me ocurrió preguntártelo! Puede que te quedes toda una noche sin venir porque la pases en la cama de ella y al volver de su casa para ir a la escuela llames a mi puerta. O quizás ni llames. Cada vez que vayas a verla, pasarás por delante de mi puerta. ¡Dios mío! Nunca me había parado a pensar que mi casa está a medio camino entre la suya y la escuela. ¿Te imaginas que pases ante mi puerta sin volverte siquiera? ¿Le tiras a ella también el pelo cuando los dos gozan de ese placer que hace daño? “Ya te dije que dejaras de pensar en ella y que pensaras en mí. Estoy contigo”. Me alzó entre sus brazos robustos, frente al reloj –no se divisaban sus agujas en la oscuridad, pero el péndulo seguía con su eterno tictac- y nos sumergimos en una especie de inconsciencia. ¿Cómo Hamed habría podido entenderlo? Había sido siempre maravilloso pero, después de todo, no era más que mi hermano. Que el tiempo pasara, eso a él no le decía nada mientras para mí era la muerte. Pensaba en ello por lo menos dos veces al día. Para él, me convertía día a día en una madre y él en un tabú para mí. Nunca logró comprender que mi primer encuentro con un hombre de verdad nos perdería a los dos y a ese pequeño mundo que nos habíamos empeñado en construir, un mundo absurdo que no estaba dispuesto a aceptar a otra solterona más. ¿Qué es lo que esperabas entonces? Se retiró y volvió a echarse boca arriba desnudo. Miraba fijamente el techo mientras jadeaba. “¿Estabas ausente, estoy seguro! Estabas*

igual que un pedazo de madera, pero no será por mucho tiempo. Sé muy bien lo que hay que hacer contigo para que te me des”. Hubo un breve silencio y después resolló: “Fathia era como tú al principio”. “Así que entonces se llama Fathia”. “De todo lo que te dije nos has entendido más que eso nombre, Fathia... Fathia... ¿Qué quieres que haga? ¿Qué la repudie? ¿Es eso lo que quieres, no? Eres más joven y más guapa que ella, ¿de qué tienes miedo entonces? Espera un poco y ya veremos lo que piensa ella”.

Me levanté haciendo crujir el bastidor y me dirigí a la otra habitación. En la escuela inglesa de Jaifa teníamos una compañera pequeñita que cuando hablaba no paraba de hacer guiños, como si con ella el único tema de conversación fuera las historias de amor. Tenía un boquita bien perfilada, de gruesos labios carmesí que durante la clase no hacía más que morder para tenerlos siempre encendidos. Era pequeñita y su cuerpo enfundado en el vestido azul marino era como el de una gata en celo. Todo el tiempo escribía y recibía cartas. Cuando hablaba de un hombre siempre decía “él” y guiñaba un ojo. ¿Qué habrá sido de ti, Fathia? Su padre no hacía más que repetir que no se iría de Jaifa aunque tuviera que volver a la edad de las cavernas. Cuando hablaba soltaba una sarta de Ahlan wa sahlán⁵ como un beduino repitiendo las fórmulas de la hospitalidad. Un día que habíamos ido a visitarlo durante los sucesos, entró en la habitación para traer un libro y de pronto se volvió hacia mí:

-¿Qué ha decidido tu padre, Mariam?

-No lo sé, pero tiene intención de quedarse, por lo menos eso es lo que dice.

-Ahlan wa sahlán. También yo tengo pensado quedarme.

Se dirigió hacia la puerta mientras Fathia nos hacía guiños y sonría a espaldas suyas. Pero no llegó a salir sino que volvió sobre sus pasos y se dirigió a nosotros:

-¿Por qué me voy a ir? Si ocurriera una catástrofe, Ahlan wa sahlán, el destino no podrá nunca rebajarnos a seres inferiores a los monos.

Cuando desapareció al final del pasillo, Fathia se dirigió a mí rápidamente:

-Un día te casaré con mi hermano Fathi. Él busca mujer, ¿qué te parece la idea?

-Ya te dije que antes quiero terminar los estudios.

Guiñó un ojo, sonrió y después se mordió los labios.

-¡A otro perro con ese hueso!

Mi madre utilizaba el mismo tono: “Si te prometes a Fathi no diré: “esta bien”, sino, como su padre: Ahlan wa Sahlan”. Mi padre, que estaba delante de

⁵ Ahlan wa sahlán quiere decir literalmente “bienvenidos” dirigido a la persona que nos visita, pero, a veces, cuando se utiliza con un tono de resignación, puede equivaler a algo así como: ¡Paciencia, qué le vamos a hacer!”

la puerta, se encolerizó y comenzó a temblar como le sucedía siempre que se enfadaba. Empezó a gritar hasta desgañitarse: “Aquí nadie habla de boda mientras no se haya resuelto la cuestión”. Cuando decía “la cuestión” era como si un peligro horrible e inminente nos acechara. Pronunciaba la palabra a su manera, recalcaba bien la primera sílaba y se comía el final. Hamed hace lo mismo, lo más probable es que lo haya heredado de nuestro padre. *Estaba junto a la puerta exterior cuando los vi aparecer al final de la calle, llevaban el cuerpo cubierto de sangre. Uno de ellos me preguntó: “¿Eres tú, Hamed?” Me eché a llorar. Mi madre se asomó entonces a la ventana y lanzó un alarido desgarrador. De pronto, todas las ventanas se abrieron y se empezaron a oír gritos y lamentos. Los hombres subieron la escalera en silencio. Iba envuelto en dos abrigos y un brazo desnudo que le colgaba se balanceaba de atrás para delante. Mariam no estaba allí. Si lo hubiera visto de aquella manera se habría vuelto loca. Eso era lo que mi madre no paraba de repetir hasta el último instante, por lo que me envió a esperarla al extremo de la calle para decirle que se fuera a dormir a casa de la tía. Después, también me mandaron a mí allí. Mi madre se quedó sola con las vecinas que habían venido para llorar al difunto. Al día siguiente, Jaifa ardía en llamas. Manchya no era más que un montón de ruinas ennegrecidas. Las ametralladoras aún silbaban. La tía vino para llevarse también a mi madre para su casa.*

Ahora las luces quedaban detrás de mí, pálidas silenciosas, pegadas al límite del horizonte. El ruido continuo de los camiones que se abrían camino en la noche venía de detrás de la loma, así que estaba a salvo. El suelo era ahora una planicie rocosa y podía caminar con paso más firme y seguro. Soplaba un viento frío que reanimaba. Quise ver la hora sin conseguirlo, tan negra era la noche. Pero después de todo, ¿qué más daba? Lo único que importaba eran las tinieblas frente a la luz. En aquel espacio negro e infinito, un reloj no era más que una pulsera de chatarra que sólo servía para inspirar miedo y expectación. Por eso, al poco rato me lo quité y lo arrojé al suelo. Hasta mí llegó su sonido apagado. *El tictac empezó a resonar dentro de mí, triste y abandonado como un corazoncito metálico en un cuerpo de gigante. Cuando más me alejaba de él, más me llamaban sus golpes que pedían socorro, aplastado bajo la bóveda infernal de aquel cielo de rutilante oscuridad que parecía abatirse sobre él como un loco. Después, se perdió poco a poco, él, cuya única misión en este mundo era señalar el paso del tiempo frente a una eternidad inmóvil y silenciosa.*

Me sentí más aliviado a solas con la noche sin ningún intermediario. La barrera entre ella y yo se había desplomado al fin y ahora nos encontrábamos frente a frente en un combate de verdad con armas iguales y con honor. Ante mí se extendía una inmensidad negra formada por millones de pasos y ajena por completo a aquellas dos pequeñas agujas. *Murió su pequeño tiempo limitado por una cuerda ridícula. Sobre las piedras frías parecía un ser extraño en un mundo*

fuera del tiempo, como un abejorro que zumbara sin cesar en un revoloteo loco, sobre un río del que no se divisaran ni las orillas ni el fondo. Sentí como si me hubieran amputado parte de la muñeca. Me agradaba entregarme a aquella sensación y dejar que mis pasos me condujeran sobre aquel suelo duro. Estaba seguro de que aquello no era una amputación, aunque mi deseo de librarme de él quizás fuera la causa de que lo pensara. Se había quedado tirado allí, en un lugar ignorado e imposible. Lo que había pasado era, ni más ni menos, como haberme arrancado de la muñeca, un viejo grano. Tuve el mismo placer doloroso que se siente cuando se arranca con dificultad y cuidado una postilla seca. El recuerdo de la herida misma desaparece como si hubiera estado pegada bajo esa costra bien ajustada y no quedara de ella más que una mancha ajena. Se volvió loco y se sumió en la soledad de su tictac tras un muro infranqueable como el que los locos erigen entre ellos y el mundo.

Vino a mí en silencio y encendió la luz. Se sentó enfrente y me miró dispuesto a lanzarse en una perorata sin fin. Pero no acababa de decidirse y aún chupaba el cigarrillo. Los golpes del reloj se alejaban de mí como una muleta solitaria que se hubiera abierto camino o cuyos pasos se perdieran como lo hacen siempre que me voy de la habitación:

-¿Te vas a quedar ahí sentada a esperar hasta que llegue?

-Pues sí, ya ves.

-Pero entonces, tal como tú lo esperar, no llegará nunca.

-¿Cómo?

-No sabrás nunca si llegó. ¿Cómo lo vas a saber?

-Dijo que me escribiría.

-Y sí...

-Si qué...

-Si te escribe, la carta tardará cinco días en llegar. ¿Entiendes lo que te digo? Me explico. Por lo que veo no estarás tranquila hasta que te haya escrito y te diga que llegó. ¿No es así? Bueno, se te escribiera mañana por la mañana, no recibirías la carta hasta dentro de cinco días, con lo que para ti sería como si hubiera caminado durante esos cinco días. Pero estoy seguro de que no te escribirá. Si se fue de Gaza es porque quería huir de ti. ¿Entonces por qué va a escribirte? Así que para ti, si no te escribe quiere decir que no ha llegado.

-Tonterías.

-Si mañana por la mañana lees en el periódico que mataron a uno al pasar la frontera...

-¡Basta!

-¿Hablamos, no? ¿Entonces, por qué te enfadas? Quería decir que si le pasara algo y los periódicos lo trajeran mañana por la mañana, sería...

-Ya te dije que basta...

Se calló. Por la puerta entreabierta penetraron, sordos, huecos, los golpes

metálicos del reloj. Conté las campanadas una a una. Seguro que él también las contaría mientras se desperezaba, estiraba los brazos y bostezaba.

-Las once. Todavía le queda más del doble por recorrer y nosotros, mientras tanto, sentados aquí como dos imbéciles sin poder hacer nada. Pero, ¡por todos los cielos!, ¿qué es lo que ha ido a hacer a Jordania? ¡Ver a su madre, ah!

La primera vez que tuvimos noticias de mi madre fue un crudo día de invierno. Fue después de cenar. Llamaron a la puerta apareció una vieja arrebujada en una manta oscura de la que chorreaba la lluvia. Preguntó por mi tía y la hice pasar adentro. Con su boca desdentada, soltó la noticia. “Tu hermana Um Hamed salió en la radio, pidió noticias tuyas, de Hamed y de Mariam, y quisiera saber dónde están”. La tía se echó a llorar. Las lágrimas se deslizaban por su rostro terroso y seguían siempre los surcos de las mismas arrugas. Estaba sentada en medio del cuarto con las piernas cruzadas. Sin saber muy bien qué hacer, estreché a Hamed con fuerza entre sus brazos mientras, con voz entrecortada por el llanto, le pedía que llorara con ella. Decidimos escribir a la radio para tener más detalles. Hamed insistió en que la carta estuviera dirigida a Um Hamed, y por fin, nos pusimos de acuerdo sobre una fórmula cualquiera. Cuatro días después recibimos una respuesta. Se levantó y como un fantasma pasó a mi lado y se dirigió a la otra habitación. Me llamó para que fuera a dormir, pero no quise. Volvió a llamarme otra vez, hasta que por fin, se calló. Poco después oí su respiración pesada y regular. Entonces me levanté, apagué la luz y me metí en la cama. Con los ojos cerrados, lo veía caminar con paso firme por aquella tierra remota. Hubo un instante en que lo vi con toda claridad, me miraba fijo, con ojos tristes y furiosos, solo, errante, quizás perdido. Me puse de nuevo a contar sus pasos. Zacarías dormía a pierna suelta con la cabeza hundida en la almohada. ¡Pero por todos los cielos!, ¿qué es lo que ha ido a hacer en Jordania? ¿Quiere atravesar todo ese desierto sólo para llorar en el regazo de su madre? ¡Pobrecito, es como un niño grande! Vivió toda su vida ante una sombra protectora que se había creado durante más de quince años y se refugió en ella a esperar que un día ocurriera una calamidad cualquiera. Había hecho de su madre lejana un refugio al que acudir en la desgracia. Había agrandado y recreado hasta tal punto aquella sombra, que se había olvidado hacer de sí mismo un hombre que no necesitara ningún refugio en los momentos de adversidad. Pero, ¿qué es lo que creías, pobrecito Hamed, que esta tierra fértil iba a seguir siempre virgen sin que a ningún arado le fuera dado entregarla?, ¿qué iba a pasarme la vida mirando tus pantalones colgados, mientras pensaba en un tal Fathi de Jaifa que ha estado ausente durante todos estos años y que trabaja callada y honradamente para reunir una dote digna de la hija de Abu Hamed? Pero Jaifa está perdida, desgraciado, perdida, perdida, como Fathi, como todo. Fuiste tú mismo quien colgó frente a mí ese ataúd para que me repitiera incansable día y noche esa

verdad trágica, tú quien me presentó a Zacarías, tú quien hizo de nuestra madre una obsesión. *¿Qué crees que va decirte esa madre que casi no conoces?: “¡Pobrecita Mariam! ¡Qué vida más desgraciada habrás tenido por haber terminado así! ¡Tú, la rosa del barrio, llena de ambiciones, tan instruida, tan de buena casta! ¡Cuánto habrás tenido que soportar para aceptar a un hombre como Zacarías con todos sus años a cuestas, su mujer y sus hijos? ¡Querida pequeñita mía!” ¿Qué te imaginaste cuando, en un momento de arrebató, decidiste dejar todo e ir en busca de tu madre? ¿Pensabas acaso que iba a irse contigo, atravesar el desierto para volver a Gaza, irrumpir en casa y poner a Zacarías en la calle para después devolver a Mariam su frescor, sus ambiciones, su virginidad?* Las piernas le flaquearon de pronto al pie de aquella loma. Se puso a temblar y se detuvo. Esta vez era definitivo. Ahora sí que estaba seguro de que nunca más volvería atrás. Sus pies parecían haberse hundido en mi pecho como un tronco imposible de arrancar. Por un momento hasta creí que no podría continuar y se quedaría allí plantado jadeando hasta morir. Como el relojito abandonado que sonó hasta pararse sin que a nadie le importara. Un instante después, como si su mirada fija y ausente fuera la causa, un haz de luz roja brotó del cielo para después caer tras el horizonte como una cascada imaginaria. Era la primera vez que lo veía. Tenía un rostro de expresión adusta, quizás debido a la barba naciente, gris de polvo, la frente recta y las cejas muy juntas bajo las que apuntaban un par de ojos pequeños y negros. El cabello era corto, crespo y negro, pero el polvo le daba reflejos plateados. Con sus grandes manos y su cuerpo adolescente robusto y ágil, enfundado en un abrigo color de yute rugoso, parecía un gato salvaje. Era muy moreno, de ese color moreno que sólo se pega quemándose al sol durante generaciones, con un baño diario en la tierra y en la sangre. Un moreno cálido y vigoroso. El haz de luz roja siguió por un instante suspendido entre el cielo y la tierra, luego, sus rayos se volvieron verdes y con ellos las dunas, a lo lejos, pasaron del marrón al amarillo oscuro. De pronto, la noche se elevó del horizonte, invadió de nuevo el cielo y sembró tras de sí las estrellas en su orden. Estaba allí en pie, inmóvil, como delante de una puerta cuyas hojas, de súbito, se hubieran abierto de par en par. *De un infierno a otro, ¿no se te ocurre nada mejor que arrojarte al abismo, imbécil? ¿Qué quieres que diga tu madre? Habrías podido igual degollarla sobre tus rodillas y a él mandarlo al infierno. Después le habrías enjugado las manos llenas de sangre en la cara y en las paredes de la casa. Y entonces te habrías quedado. Pero no tuviste valor. Para eso tenías que haber sido menos cobarde. No, todo aquello era estúpido, estúpido. ¿No era también estúpido querer poner a tu madre entre tú y Mariam, hacer de ella una barrera de olvido? ¿Quieres imponerle una nueva catástrofe? Tu madre era par ti un caballero legendario dispuesto en todo momento a desenvainar la espada contra todo lo que pudiera ponerse en tu camino. Toda tu vida te apoyaste en ella. ¿Qué quieres ahora de ese paladín*

imaginario que, por tu fracaso y tu impotencia, sólo tiene ya un caballo enteco de madera? Siéntate aquí bajo la capa de ese cielo que te envuelva en sus profundidades y piensa con calma: Gaza ha desaparecido detrás de ti, sumida en la noche. El ovillo de lana ya está completamente desenrollado. Has dejado de ser ovillo de lana devanado durante dieciséis años. ¿Quién eres ahora? Cayo de rodillas como derribado por una mano invisible. EL haz de luz verde se desintegró en un solo punto en el cielo y arrastró consigo el fulgor que había lavado las tinieblas. Prosternado, con las manos en las caderas, parecía un ser animado que el haz de luz había arrojado sobre mí, para después irse como había bienvenido, solemne y sin ruido. ¿Estás seguro de que ella no se habrá casado también? Movi6 la cabeza con violencia como para desechar aquella idea. ¿Quién sabe si no se volvería a casar de inmediato, después de habernos perdido? En las cartas que escribía siempre decía que vivía con su hermano y que cuidado de los hijos de éste, y no tuviste más remedio que creerlo. Pero si al entrar en su casa te dijera: “Éste es mi marido. Creí que había perdido todo, ¿qué otra cosa podía hacer más que volverme a casar?”, ¿qué harías entonces, di? ¿Volverás a Gaza? Piénsalo bien. Imagínate que te dice: “Todavía no tenía cuarenta años cumplidos y estaba sola por completo. Tenía que escoger entre quedarme con tu tío y los niños y pasarme la vida sirviéndoles o casarme con un hombre que cuando me muera pueda pagarme una mortaja y una tumba. ¡Hamed, pequeño mío! ¡Pobre hijito mío!, ¿por qué tenías que chocar con la vida tan duramente? ¿Por qué no llevaste contigo un guía o un arma para acompañarte en este difícil trance? Parecía triste, angustiado, anonadado. Se había extraviado y la noche fluía en torno suyo sin que se diera cuenta. Hubiera querido decirle algo, pero el silencio es mi destino. Arrojado en aquel vacío negro, agotado, acongojado, transido de pena, no decía una palabra. Ni una sola palabra. Mientras él aún golpeaba, golpeaba, golpeaba... Sólo me queda la espera amarga que sé que nunca terminará. A menos que lea su nombre en el periódico de la mañana. Sólo entonces acabará todo irremediamente. Sólo quedaremos Zacarías y yo, y también ella, de pie, frente a la cama, con sus hijos a cuestas. Me mirará y me verá apagar mi sed en su fuente, desnuda entre los brazos de él lamiéndole el pecho como una perra. Dime, Hamed, ¿nunca has ido con una mujer? Me miró asombrado como si le hubiera dado una bofetada. Quizás se diera cuenta de que esta pregunta que le lancé de manera repentina, se me había ocurrido al ver su cuerpo desnudo envuelto en una toalla desde la cintura. Después de atarse bien la toalla con un nudo, me preguntó: “¿Qué quieres decir?” “Quiero decir que si nunca has pensado en casarte” Movi6 la cabeza, denegando: “Sólo me casaré cuando haya reunido a toda la familia en una casa que no sea este agujero inmundo”. Di una vuelta en torno suyo y después volví a insistir: “Pero no has contestado a lo que te pregunté antes: ¿Has estado alguna vez con una mujer?” De nuevo leí en sus ojos la misma

expresión de asombro. Me midió de arriba abajo con la mirada –quizás fuera la primera vez en su vida que me miraba así- y después comenzó a peinarse. Tenía el cabello negro y crespo que peinaba siempre hacia atrás sin necesidad de mirarse al espejo. Pero, al poco rato, el pelo volvía de nuevo a encrespársele. Lo sabía perfectamente y al principio era algo que lo irritaba. Después, al ver que era inútil, terminó por resignarse. Aquella noche volvió tarde, haciendo ruidos aquí y allá para despertarme. Cuando abrí los ojos, todavía no se había desvestido y comprendí enseguida que quería continuar la conversación de la mañana. Siempre recurría a la misma treta, con tal ingenuidad, que se le notaba a las claras que era incapaz de hacer teatro. Primero, hacia como que buscaba algo y después se volvía hacia mí y continuaba la conversación como si acabara de interrumpirse en aquel mismo instante: “Vi con mis propios ojos cómo se desangraba. Fue en una escalera. Lo llevaban envuelto en dos abrigos manchados de sangre. Un brazo desnudo le colgaba exangüe y se balanceaba de atrás para delante, parecía que me invitaba a seguirlo. Subí la escalera mientras sollozaba y me abría camino entre las piernas firmes y sólidas de los hombres. Vas a decirme que es imaginación mía, pero no lo olvidaré nunca... Te contaré mi secreto que hasta ahora nunca dije a nadie. Recuerdo que un día entré de sopetón en su habitación, no sé muy bien por qué. Abrí la puerta y los vi a los dos juntos en la cama. Debían de estar desnudos, pero lo único que vi fue su brazo, un brazo moreno y fuerte que rodeaba una criatura de piel muy blanca. Di media vuelta, cerré los ojos y eché a correr. Al día siguiente vino a sentarse junto a mí y comenzó a hablarme. No recuerdo nada de lo que me dijo, lo único que recuerdo de mi padre, lo único, todo mi padre, es un brazo: una vez cuando hacía el amor con mi madre y otra vez manchado de sangre con la rigidez de la muerte... Ese es todo mi padre, todo él, todo él”.

Pequeño, eso dicen todos, pequeño. Y ahora aquí te encuentras de pronto, todo diminuto, arrojado en este vacío absoluto como una burbuja de aire que flota en un lugar ignorado y es incapaz de elegir su camino. Quizás fuera mejor que pasaras el resto de tu vida ahí de rodillas, prosternado, con la frente en el suelo y el cuerpo carcomido por la vergüenza y por la roña, esperando que una patada te enderece. Pero lo que buscas aquí es la mirada de Salem, que aún te remueve las entrañas, esa mirada de adiós a tu vergüenza eterna. Eso es lo que buscas aquí. Ni siquiera te quedará un látigo para sacudirte, como lo hizo durante años de vacío y de silencio, el látigo que Salem dejó tras sí cuando se fue para siempre. Un día Salem me detuvo –una semana después de que entraran en Gaza-, me agarró del brazo y me preguntó: “¿Nunca has tenido ganas, ni siquiera un día, de tirar aunque sólo sea una bala en esta batalla? ¿Vas a dejarte aniquilar sin disparar un tiro?” Empecé a temblar. Era el hombre peligroso sólo a unos centímetros de mí. Aunque debió de sentir bajo su mano el temblor de mi cuerpo, siguió como si no se diera cuenta: “Por lo que me han dicho, mataron a

tu padre y durante todos estos años has vivido carcomiéndote, pensando en la forma de vengarte y diciéndote...” ¡bueno! Se calló de pronto y su sonrisa se esfumó tras sus pómulos salientes y sus ojos pequeños. “Tenemos todo lo necesario, ¿vienes?” Pero al día siguiente nos llevaron detrás del campo y nos colocaron en fila, Zacarías... Zacarías... Zacarías... Aquello me lo esperaba de él, pero nadie quería creerme. Cuando lo llevaron detrás del paredón, lo vi decir adiós a Zacarías con una mirada cargada de desprecio, hiriente. Su rostro adquirió, de pronto, la expresión rígida de los que saben que van a morir en la plaza pública, a la vista de todo el mundo, por una causa justa, una expresión trágica y arrogante a la vez, en la que no se leía la menor vacilación. Entonces las miradas de todos confluyeron en Zacarías que permanecía de pie con las manos cruzadas y la vista clavada en el suelo. Bajo una lluvia torrencial esperábamos la detonación. Se oyó un disparo que parecía haber sido a quemarropa. Zacarías se estremeció como si le hubieran dado a él en el vientre y se retorció un poco, parecía que iba a desplomarse. Después oímos un segundo disparo. Todos teníamos la mirada fija en él, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. La tierra crujió. Poco después regresó el oficial con la sonrisa en los labios y aire de satisfacción. Nos grito: “Pueden volver a casa. Lo que acaban de ver les bastará”. Bajamos de nuevo al campo, cada uno llevaba a cuestas su propia humillación. *Cuando entró en casa tenía un aspecto tranquilo y serio. Se sentó y me miró mientras se mordía el labio. Después se levantó, se dirigió a la cocina y desde allí me anunció: “Hoy han matado a Salem, mañana quizás le toque a cualquiera de nosotros”. Cuando acudí a su lado llenaba el jarro de agua. No bebía nunca más que del jarro. Allí me di cuenta de lo pálido que estaba. Después de beber se volvió hacia mí. “Puede que mañana me toque a mí”. Salí de la cocina y me asomé a la ventana. Sentí sus pasos detrás de mí: “¿Y por qué va a tener que tocarte a ti? Tú no has hecho nada. Si a Salem lo mataron es porque... bueno, ya conocías a Salem... ¿pero a ti, por qué van a tener que matarte?”*. Con toda seguridad quería tranquilizarme, pero no se daba cuenta de que lo único que hacía era aumentar mi vergüenza. ¿Por qué van a tener que matarte a ti? ¡Claro, un ser tan insignificante qué mas daba que llevara una vida insignificante y muriera con una muerte insignificante, mediocre! *Ahora está postrado sobre mí como si el viento helado hubiera reblandecido sus huesos y lo hubiera arrojado al suelo sin conocimiento. Pronto no será más que un esqueleto calcinado por el sol y la arena, un mojón que, en vez de servir de guía, extravíe a los caminantes.*

Escudriñó las tinieblas y trató de distinguir el reloj en la oscuridad. Debía de ser cerca de medianoche. La vista se me acostumbró a la penumbra y en la esfera, de un blanco brillante, acerté a ver las dos agujas negras que se acercaban dispuestas a dar el salto final. Sus pasos resonaban cada vez más rápidos jadeantes en espera del momento tumultuoso del encuentro. Zacarías se volvió

del otro lado y se puso a roncar, sumido en sus sueños. Con la vista fija en aquella aguja negra que se arrastraba sobre la esfera de esmalte blanco pensaba: ¡Qué esfuerzo de todo un día para llegar a ese breve encuentro! Y la otra que, como una pequeña lanza, la esperaba impasible, suspendida sobre su cabeza. ¿Y si las dos se pararan y se fundieran de repente hasta expirar como expiran los deseos cuando se realizan? Al poco rato se oyó un ruido y el reloj dejó de sonar un breve instante como si adoptara un aspecto grave para anunciar una noticia terrible a la muchedumbre silenciosa agolpada ante su Majestad. La aguja grande dio un pequeño salto para juntarse con la pequeña y las dos se desvanecieron en un estrepitoso repiqueteo metálico. Sonaron doce campanadas. La última, como ese estremecimiento de lasitud que se produce cuando se derrama la última gota de esperma. La aguja grande prosiguió su recorrido con su paso solitario que sonaba en el vacío. Medianoche. Dentro de cuatro horas, a todo lo más, amanecería y la luz del día es cruel enemigo de los que huyen. De pronto, lo sentí latir por primera vez en mis entrañas, moverse dentro de mí desde el fondo insondable de lo desconocido, temblar leve como un gorrión prisionero en las dos manos. Después, dudé que aquella pudiera ser verdad. Abrí la mano y la quise posar sobre él, pero él permanecía silencioso, lejos de mí, quizás aún dominado por la ira. Pronuncié su nombre: “Hamed”, y me puse a sollozar sin razón o más bien por todas las razones juntas.

Estaba seguro de que ocurriría. Un cohete rojo surgió de detrás de la loma. De un salto se elevó en las tinieblas y dejó tras de sí una cola de chispas azuladas. Cuando recorrió su trayectoria, estalló con un ruido apagado para transformarse en una luminosa nube violeta que, suspendida muy bajo en el cielo, terminaba en medio arco de humo blanco. Después, la nube se espesó poco a poco, arrojó una lluvia de chispas. El desierto se había iluminado de pronto, pero aquella luz lo hacía aún más misterioso, más irreal. Por primera vez desde que empecé a caminar en aquel desierto, sentí miedo, un miedo como nunca antes había sentido. Me parecía que aquella loma que estaba justamente delante de mí y que la luz del cohete me había revelado, tal vez ocultara un ser misterioso: un demonio, un profeta, un hombre. Con gran esfuerzo traté de dominar los nervios y también los músculos de las nalgas que me temblaban como lo hacen esos animales reacios a dejarse sujetar. Me rehice y traté de razonar: no tendría nada de extraño que detrás de esa loma hubiera un hombre o incluso varios, y fueran ellos los que lanzaran esa señal luminosa. La certidumbre de estar completamente solo, me atizaba el deseo de defender con ferocidad mi vida. Así que logré recuperar poco a poco el aliento, los movimientos y la cabeza, me eché bien pegado al suelo cuan largo era. Si ese hombre había lanzado una señal luminosa era que quería que lo localizaran. Sentí que me amenazaba un peligro y para que no me vieran me pequé aún más contra el suelo, todo cuanto pude. Seguro que estaba detrás de la loma, de allí

era de donde había surgido la señal luminosa. Tal vez estábamos los dos perdidos. *No sabía nada en absoluto, pero ese peligro misterioso que lo había sorprendido avivaba todos sus instintos hasta la punta de los dedos. Se echó boca abajo, bien pegado a mi cuerpo, y permaneció inmóvil. Sentí su pulso ardiente y regular que fluía hacia mí. En el silencio absoluto que nos rodeaba se oyó un ruido de pasos lentos sobre la arena, justamente detrás de la loma.* Estaba pendiente de aquellos pasos con todos mis cinco sentidos. Parecían dirigirse hacia mí, lentos, cautelosos. Por primera vez en mi vida eché de menos un arma, en un lugar como aquél, donde era imposible encontrar una piedra o un garrote. Ante mí, en lo alto de la colina, surgió una cabeza que se destacaba como una bola aún más oscura que el fondo negro del cielo. El hombre vaciló unos instantes como si sintiera la presencia de un peligro desconocido. Por fin, se decidió a subir hasta lo alto del cerro. Allí, en pie, parecía la sombra oscura de una estatua de piedra animada por un alma espectral. Después, bajó con precaución y se dirigió hacia mí. Retuve el aliento porque el silencio neutro puede significar todo. La única arma de que disponía era la sorpresa. Aunque esta arma me producía un sentimiento de superioridad. Ignoraba hasta dónde podría actuar en mi favor. Sus pasos se hicieron más perceptibles. Estaba seguro de que estaría armado, pues un hombre solo en el desierto, que dispone de un lanzacohetes, no es posible que no lleve un arma. Además, puede que fuera un soldado entrenado en los métodos de lucha cuerpo a cuerpo. Pensé que si me pasaba sólo a dos metros, todo terminaría en paz. Pero venía derecho hacia mí como si yo fuera su objetivo. Cuando llegó a mi lado, la tierra me propulsó de un empujón sobre él y rodamos juntos. Conseguí sujetarlo, lo agarré bien por los brazos y lo aplasté con todo el peso de mi cuerpo. Me di cuenta de que era más fuerte que él. Le clavé la rodilla entre las nalgas. Lanzó un gemido y murmuró algo. Sin darle tiempo a que reaccionara le arrojé un puñado de arena a la cara. Así podría registrarlo con cuidado: primero le quité la metralleta que llevaba suspendida del hombro y la arrojé lejos. ¿Porqué?, no lo sé. Después, le quité también el lanzacohetes y sólo me quedé con el cuchillo. Lanzó un profundo suspiro, pero siguió inmóvil en la misma postura. Era evidente que la sorpresa lo había paralizado por completo. Hablaba sin parar, o más bien, no hacía más que repetir siempre la misma frase. Por fin, ya más tranquilo, se sentó y se frotó los ojos. Escupió la arena que tenía en la boca y me lanzó unas palabras entrecortadas que parecían un insulto. Le dije que se callara y entonces colocó las manos en el suelo para apoyarse y miró en torno suyo, pasmado. Después, con una rapidez vertiginosa se irguió y me echó las manos al cuello. Pero cuando sintió la punta del cuchillo en el vientre, volvió a su postura de antes y miró en derredor con expresión atónita. De pronto me di cuenta de que no era mi fuerza lo que había conseguido dominarlo sin dificultad, sino que pensó que se trataba de una broma de sus compañeros y no había opuesto ninguna resistencia.

Aunque la broma no parecía haberle hecho ninguna gracia, todavía le hacía menos haberse llamado a engaño. Nunca hubiera pensado en oír una palabra en árabe en un lugar tan recóndito y era evidente que tardaría en creer que aquello pudiera ser verdad. Se puso la cabeza entre las manos y yo me senté a su lado mientras agarraba con fuerza el cuchillo. *La espera era ya en mi una costumbre, algo consustancial. Creí que podría dormir después, pero en vano. Me puse a imaginarlo de niño en un mundo extraño y cruel, un niño ante un juguete roto, disperso en mil pedazos, que sus bracitos no consiguen alcanzar. Decidí que iría a verla y además sería la primera cosa que haría al día siguiente por la mañana. Llamaría su puerta y le diría: “Soy la segunda esposa”. La dejaría que me mirara a placer, pero por la menos la conocería y sabría como habérmelas con él y con ella. Lo que no tiene sentido ni sirve para nada es seguir esta espera. Sería condenarme a muerte si le permitiera que me considerara sólo un lugar de paso en su vida entre la escuela y su casa, un lugar donde evacuar su esperma y después largarse. ¡Mira que haber esperado tanto tiempo, Mariam, para al final no ser más que eso, un lugar de paso! ¡Vaya espera! Sus pasos golpean en la pared toda la noche, pasan por encima de ti vienen de... van a.... Golpean... Golpean... Golpean... Y se deslizan entre sus dedos como la arena. Para ti ese largo viaje se termina en algo tan insignificante como eso, un lugar de paso. Por encima de ti pasa todo lo que habrías deseado tener pero que nunca tendrás.*

Permanecían los dos sentados en aquel extenso vacío, sólo separados por la hoja del cuchillo. Parecían dos espectros, dos seres irreales con el viento frío de la muerte abatiéndose sobre ellos, en espera del momento de la verdad única, tan lejana como sus hombros tan cercanos. Su encuentro en aquella inmensidad infinita parecía obedecer a un extraño destino. Quizás fuera el azar pero, en todo caso, era algo inevitable. Se sentaron juntos para comprenderlo y creerlo. *Por último le pregunté: “¿De dónde vienes?” Levantó la cabeza, traté de distinguirlo en la oscuridad, pero la noche era demasiado negra. Masculló una sola palabra y después escupió. Con la punta de la navaja lo aguijoneé en la cadera y volví a preguntarle: “¿De dónde vienes?”. Pensativo, guardó silencio un instante. Por último, hizo un gesto con la cabeza extendió las manos ante sí y soltó una palabra entrecortada. Luego intentó ponerse en pie, pero lo obligué a quedarse sentado, sin oponer resistencia volvió a su sitio y abrió las manos, perplejo. Procuré no perder la calma: “¿Está lejos de aquí Zahiriya?” Por toda respuesta alzó los hombros e hizo el mismo gesto de antes con las manos. De pronto me acordé de la señal luminosa. Sin duda esperaba la llegada de una patrulla que no andaría lejos. Me arrepentí de haber arrojado la metralleta, aunque de todas maneras no sabía cómo utilizarla. Y quizás fuera mejor no hacerlo. En aquel silencio absoluto, sonaría como un trueno y retumbaría hasta el otro extremo del desierto. Ahora tenía entre las manos un rehén, pero no*

sabía adónde llevarlo ni cómo sacarle partido. Habría sido mejor haberlo degollado cuando salté sobre él. Ahora eso parecía imposible, cuando no ya inútil y, además, superior a mis fuerzas. Lo oía respirar junto a mí. Parecía cansado y distraído y, sin embargo, al acecho, dispuesto a saltar al menor gesto mío. Todas esas horas de la noche eran como una horrible pesadilla, un extravío sin fondo. Una vez más tenía que hacer frente a una situación nueva de la que no sabía cómo salir. Empecé con una sonrisa para después estallar en una carcajada. Zacarías se dio vuelta y me miró. Después volvió a dormirse pensando que quizás fuera él quien había tenido un sueño loco. Puede que no sepas más que el hebreo, pero no importa. Escucha, ¿no es algo de verdad conmovedor eso de encontrarnos así sin más, en este vacío y no poder cruzar una palabra? Aún me miraba con rostro enigmático, aunque en sus ojos pude leer una ligera expresión vacilante. Sin duda tenía miedo. Yo ya lo había superado. Lo que sentía ahora era algo extraño, indescriptible. No es posible que seas un fantasma, habrá que encontrarte un nombre e inventarte una vida. Nos sobrará tiempo. Hasta que te descubran con sus proyectores y sus perros, me dará tiempo a recrearte. Y sólo entonces, degollarte tendrá un sentido. Aquí no es posible que permanezcan dos, así que: ella o yo. Ni el mismo diablo podría vivir entre ustedes dos. Son como dos alucinaciones, como las dos planchas de una prensa que me estruja. Bueno, empecemos otra vez con clama: “¿Tu nombre?” Es inútil. Aunque comprendieras lo que te digo, no me responderías la verdad, así que estamos en un círculo vicioso. Pero el tiempo no está en contra de los dos de la misma manera. Puede que estén más cerca de ti de lo que yo me imagino, pero también tú estás más cerca de mí de lo que ellos piensan. Así que, como ves, no es más que una cuestión de distancia, o quizás también de tiempo. Bueno, el tiempo no me preocupa demasiado, como ves, y la distancia está a favor mío: estás más cerca de la hoja de mi cuchillo que yo de los cañones de sus fusiles. Además, hay otra cosa que también tiene su importancia y que debes tener en cuenta: matarte aquí a unos pasos de los tuyos, quizás no lejos de tu campamento, es más grave que matarme a mí, un enemigo infiltrado en vuestra fortaleza, solo y sin armas... La cosa depende de cómo se mire y, por extraño que parezca, no seré yo el que pierda. Hace sólo unos instantes todo en este mundo parecía estar en contra mía. Todo, en Gaza y en Jordania. Yo estaba allí, exactamente allí, rodeado de desdichas por todas partes. Ven, te diré algo importante: ahora no tengo nada que perder y por eso no podrás nunca sacar nada de mí. Si sólo pudiera hacerle comprender que no tengo nada en contra de ella, que no tiene nada que ver con lo que pasó, pero eso a ella la tendrá sin cuidado. El caso es que soy una segunda esposa en los brazos de su marido. De la mañana a la noche andaré en boca de los vecinos y las mujeres: “Ésa es la que le quitó el marido a Fathia, la pobre, tiene de él cinco hijos que ahora deambulan por las calles, abandonados a su suerte”. Y tú, ¿qué

responderás a ello? Tú, tú, sí tú. ¿Qué soy yo para ti? También dirán: “Su hermano se volvió loco de vergüenza y se marchó. Y además parió tan sólo a los cinco meses de casada. ¡Qué vergüenza!” ¡Que se vayan todos al infierno! Pero tú, tú, ¿qué les dirás? Dirán: “La tuvo gratis, es joven, ardiente, y tiene una casa con dos habitaciones, dos camas y todo lo necesario. Consiguió echar de la casa a su hermano pequeño y nunca más volvieron a dar noticias tuyas”. ¡Embusteros! Pero tú, Zacarías, ¿qué dirás?, di, ¿qué dirás? Ahora sólo te tengo a ti y todo se oscurece en torno mío. Dime. ¿Qué dirás tú?.

El cielo empezó a elevarse. En el horizonte se extendía una franja de un color gris oscuro y las estrellas parecieron de pronto más apagadas y lejanas. El silencio abrumador aumentaba su miedo. Miraba en torno suyo. Aquella espera se volvía un pantano sin fondo. El tiempo era ahora su enemigo. Hamed permanecía inmóvil, decidido a quedarse allí hasta el final. La superioridad sobre su adversario residía en que no esperaba nada. Lo mismo que yo. Eso, en mi caso, significa lo perdurable frente a lo percedero. En cuanto a él, se había extraviado, pero eso no significaba nada porque no era que no supiera el camino, sino que no deseaba ir a ninguna parte. Desde le comienzo de la noche había luchado con tanto ahínco para terminar encerrado en aquel pedazo de tierra que ahora casi había llegado a ser su propiedad. *De pronto me rondó su recuerdo, me volví hacia él y le pregunté: ¿Conocías a uno de Gaza llamado Salem? Pero permanecía sin mirarme, con los ojos clavados en el suelo, entre los pies. Proseguí: Te lo pregunto porque puede que seas tú quien lo hay matado. Pero deja que la luz de la mañana me lo descubra. Entonces se volvió hacia mí y soltó una parrafada interminable. Agitaba los brazos y señalaba tan pronto hacia atrás como hacía delante. Se veía que estaba nervioso, dominado por la ira. Le acerqué la punta del cuchillo al costado y por fin se calló. Oye, no te quité el lanzacohetes para que te pongas ahora a utilizar la voz, ¿eh? Además, no entiendo ni una palabra de lo que dices ni hay aquí nadie que te entienda, así que no pierdas el tiempo.*

Sonaron dos campanadas y después de pararse un instante continuó su caminar solitario mientras golpeaba contra la pared y en mi cabeza. Me diste ese ataúd y lo colgaste delante de mí para que te meta dentro de él, pero siempre oiré el ruido de tus pasos y será sólo a mí a quién entierren. Y hasta cuando me hayan sepultado, tus pasos resonarán arriba, abajo, por todas partes, hasta la eternidad. A ese pequeño ataúd iremos a parar todos y cuando estemos dentro, sus pasos nos machacarán. Sólo tú te quedarás fuera y seguirás tu camino sin fin. ¿Sin fin? ¡Dios mío, sólo tú lo sabes!.

De pronto, movido por una idea repentina, le quitó el cinturón y le ató con cuidado las manos detrás de la espalda sin que el otro opusiera la menor resistencia. Después, volvió a sentarse en el mismo sitio con el cuchillo bien agarrado. De la colina silenciosa descendía un viento frío y cortante. Se

*acurrucó con las rodillas en el pecho y la cabeza entre las manos. De lejos llegaba hasta él un ruido apagado. Se levantó y escudriñó las tinieblas en torno suyo. Aunque empezaba a clarear, la luz del amanecer todavía no había conseguido rasgar por completo el velo de la noche. Volvió de nuevo hacia él y comenzó a registrarle los bolsillos. Mis dedos palparon una cartera. Se la saqué e intenté descubrir lo que contenía, pero en la oscuridad me era difícil saber si aquellos documentos eran importantes, así que lo guardé todo en el bolsillo de la camisa. Me miraba perplejo. Esperaba sin duda que surgiría un milagro que lo salvara, pero de lo que yo estaba seguro es que no tardaría de darse cuenta de que ese milagro, si llegara a producirse, significaría su propia muerte. Cómo llegaría a darse cuenta de ese sino ineluctable, eso es lo que yo no sabía. De pronto pareció como si hubiera oído ruidos a lo lejos porque empezó a temblar, miraba en torno suyo y después hacia mí. Le mostré el cuchillo para hacerle comprender lo que pasaría si ese milagro llegara a realizarse, y volvió a acurrucarse en su sitio. Entonces sucedió algo extraordinario: estaba de pie, con él sentado ante mí y, de pronto, en aquel desierto silencioso se diría que cada partícula de arena, cada vibración del aire, cada estrella, cada punto de tinieblas, todo nos miraba. Como mirábamos a Zacarías cuando se arrastró a los pies del oficial en aquel instante en que todos esperábamos la muerte. Salem estaba con nosotros en la fila y antes de que supiéramos lo que iba a pasar Zacarías empezó a chillar: “Les diré quién es Salem”. Pero Salem no le dio tiempo a culminar su traición y después de avanzar con firmeza tres pasos se detuvo. Sus pasos que caminaban hacia la muerte resonaron implacables en el silencio del desierto y los años de silencio mortal cayeron sobre mí como una lluvia. ¿Por qué tenían que matarte a ti? Salem se me acercó y me agarró del brazo: “Seguro que has pasado todos estos años carcomiéndote y diciéndote si... Bueno, ¡Anda, ven!” Cuando los hombres subían la escalera, un brazo desnudo le asomaba entre los dos abrigos manchados de sangre y se balanceaba de atrás hacia delante como si me invitara a que lo siguiera. Detrás del paredón en ruinas hubo una sola detonación y Zacarías se retorció como la bala lo hubiera tocado a él. Después la madre de Salem vino a verme: “Fui allí esta noche, pero no lo encontré. Lo enterraron a escondidas, ¿sabes tú dónde? ¡Hijo mío, corazón mío, hijo de mis entrañas! ¡Lo único que me quedaba!” La barca abarrotada se balanceaba como en un universo negro en llamas. ¿Dónde lo enterraron? Mi madre guardó el secreto con ella y después nos separamos. Lo que le quedaba. Lo que nos quedaba. Lo que me quedaba. Contar los restos, contar las pérdidas, contar la muerte. Lo que me quedó en este mundo: un pasadizo negro de arena, una pasarela entre dos mundos perdidos, un túnel sin salida. Cerró dando un portazo y después de descalzarse se sentó como si estuviera en su casa. Si hubiera tenido un palmo de tierra donde plantar una viga de madera, lo habría ahorcado. Pero ella no dijo nada, dejó que me fuera sin una palabra. *De pronto, me recorrió un escalofrío y**

empecé a temblar: algo le ha pasado en este mismo momento... Me diría que estoy loca si lo despertara y le dijera. “A Hamed le ha pasado algo en este mismo instante. Lo siento dentro de mí”. Salté de la cama y, a tientas, me dirigí a la cocina. El silencio era abrumador, sólo lo rompían los golpes del reloj que a través de la puerta llegaban a mis oídos, amortiguados pero insistentes. Bebí por hacer algo y después abrí la puerta suavemente y miré hacia la escalera sumida en la oscuridad. Me acerqué a la ventana y miré la calle, vacía, silenciosa, débilmente alumbrada por las pálidas luces de los faroles. Volví a la cocina y sentí de nuevo el mismo pequeño escalofrío misterioso, rápido pero sobrecogedor. De pie, apoyada contra la puerta, lo llamé; “¡Hamed!”, y me eché a llorar. Por la ventana abierta entraba un frío que cortaba. Empecé a tiritar y fui a la habitación a buscar algo con que taparme. Al acercarme a la cama y oír la respiración de Zacarías, pesada y regular, me pregunté a mí misma: “¿Aceptaría que el niño lo llamara Hamed?” Agarré la manta y me pregunté de nuevo: “Pero, ¿acceptaría Hamed que el hijo de Zacarías llevara su nombre?” Decidí que sería mejor volver a la cocina y que un té caliente nos reconfortaría a mí y al pequeño. Encendí el fuego y, mientras contemplaba la llama azul, un torbellino de ideas me cruzó de nuevo por la mente: “¿Y por qué voy a tener que llamarlo Hamed?” No se pueden ver el uno al otro. Siempre lo llamaba “cerdo”, eso era todo, “cerdo”, la única palabra que tenía para nombrarlo, mientras que Zacarías, a él, lo llamaba siempre “el pequeño”. Pensaba que aun era un niño incapaz de afrontar la vida por sí mismo. Entonces, ¿cómo se podía pensar en volver a reunirlos? Aquello sería imposible y hasta mortal. Además, Zacarías no lo deseaba en absoluto y me pedía que me deshiciera de él como fuera: esa criatura infernal que berreará todo el día va a hacer de ti una botella de leche con forma humana. ¡Dios mío!, ¿cómo es posible que exista un destino ordenado de manera tan cruel?, ¿cómo es posible? Hamed llegó detrás de mí sin hacer ruido, como de costumbre, y se sentó en la silla de cara al respaldo con los brazos apoyados en él: “Haces un té maravilloso... ¿Hay para mí?” Le di un vaso y se puso a sorberlo con placer mientras chasqueaba los labios porque quemaba. Había venido para decirme algo después del silencio de varios días de enfado. Traté de no mirarlo de frente para dejarlo que hablara a su gusto. Entonces, sin ningún preámbulo, fue derecho al grano: “Bueno... ¿no podrías deshacerte de él por uno u otro medio? Es un bastardo, después de todo”. No contesté. Se dio cuenta de que, para empezar, había sido demasiado abrupto. Entonces, se levantó, vino hacia mí y me miró a la cara: “No puedo impedir que se casen, lo han organizado todo sin contar conmigo, pero...” Se calló un momento y después volví a oír su voz a mis espaldas: “Tengo razones para hablarte de lo que no me incumbe. ¿Crees de verdad que merece vivir ese niño que se va a criar a la sombra de un individuo como Zacarías?” Se detuvo un breve instante y después añadió la palabra de

siempre, la que ya me esperaba: “Ese cerdo”. Apreté los dientes y salí, pero me siguió fuera del cuarto y me agarró del brazo: “De todos modos, vas a casarte con él dentro de unas horas. Pese a todo. Si tú quieres perderte y que él se pierda contigo, deja que el niño se salve. Y la única manera de salvarlo es deshacerse de él...” Se fue. Bajó corriendo la escalera y salió dando un portazo. Lo que ha quedado. Lo que os ha quedado. Lo que nos ha quedado a los dos, espíritu silencioso y huraño, dime ¿qué es lo que nos ha quedado? Mi vida y tu muerte están unidas de modo tan indisoluble que ni tú ni yo podremos separarlas nunca. Aunque nadie sabe cómo se harán las cuentas en este mundo.

Una ráfaga de aire levantó la arena fina y les azotó los tobillos como un látigo. El viento pasó y lo cubrió todo, las huellas de sus pasos y aquel pedazo de hierro tirado a lo lejos, que había sido un arma. Después, en una carrera contra sí mismo, empezó a soplar hacia el sur con silbido susurrante. Les recordé a los dos mi presencia y les dije que en aquella espera amarga yo era lo primero con lo que tenían que contar. El silbido del viento se desvaneció en la noche y giró en torno a sí mismo, ronco, seco, desconocido. Sintieron que aquel espacio infinito, poderoso y retador, que los rodeaba por todos lados, era más extenso de lo que creían y más profundo de lo que podían imaginar. El miedo. El aire transparente portador de todas las sorpresas. Aquel cuerpo infinito que se ama y se odia pero que no se olvida. Enraizado en el tiempo hasta lo más profundo de su ser. Amor y odio. Violencia e ira. Y, sobre todo, humildad. De pie, ante la ventana de la cocina, bebía a sorbos el té caliente cuando sintió un carro de madera desvencijado tirado por un borriquillo que traqueteaba en el extremo de la calle. El animal parecía cansado y avanzaba despacio con paso zigzagueante, olfateaba el camino, y de vez en cuando, recogía algo aquí y allá. Encima del carro, un hombre dormido, cabeceaba. Mientras deambulaba así perdidos en la noche, parecía como si una corriente pavorosa, insondable, los arrastrara lo mismo que arrastraba el péndulo del reloj cuyos golpes amortiguados se confundían lo lejos con el golpeteo de los cascos. Hamed se había ido lejos y se había hundido en la corriente. De pronto desapareció de mi vista. Traté en vano de hacerlo volver, pero se desvaneció en mi cabeza como una sombra, como cuando desapareció detrás de la puerta y el ruido de sus pasos se perdió en la escalera. Se fue a formar parte de esa corriente oscura que fluye bajo nuestras vidas y nos arrastra minuto a minuto, insensible, pero con fuerza arrolladora, hacia lo desconocido. De pronto me di cuenta de que durante toda la noche había escudriñado la oscuridad, con los ojos llenos de tinieblas, transportada en sus brazos de gigante, a la deriva, como un navío con el timón roto por las olas, que impulsado por la corriente, descubriera nuevos mundos a su paso sin darse cuenta. Era una terrible ilusión pensar un solo instante que después de haberse ido pudiera cerrar los ojos cuando sus pasos llevaban allí clavados día y noche. “Te escribiré si llego”. Pero quién sabe si no se quedaría

allí suspendido para siempre entre su madre y yo, tendido sobre nuestros dos cuerpos en aquel mundo en donde el tiempo y el espacio que nos separan son tan terribles como lo desconocido. Pero allí permanecerá mientras Zacarías siga aquí... Hasta mí llegó el ruido de sus pasos. Arrastraba los pies como si llevara zapatos de corcho. Permaneció un instante en la habitación antes de venir a la cocina.

-¡Creí que habías salido de casa!, ¿qué tienes? No has dormido ni un minuto... Pero, ¿qué té pasa? ¿Sigues pensando en el pequeño?

-¿Qué hora es?

-¡Ni idea! ¿Qué te crees, que vigilo el reloj mientras duermo?

Se acercó a mí despacio y miró a su alrededor como si descubriera por primera vez la habitación. Después se detuvo junto a la ventana y fijó la mirada en el camino, primero en el negro cielo, que se abatía sobre las azoteas de las casas, después en los tugurios de hojalata y las casuchas de adobe de enfrente.

-Ya casi amanece... ¿Qué té pasa?

-No puedo, no puedo... Sus pasos. Me llenan toda la cabeza. Golpean...

-¿Pero qué pasos? ¿De quién?

-De él, de Hamed, ¿te has olvidado?

-¿Qué oyes sus pasos? ¡Pero estás loca!

-Sí, los oigo. A cada golpe del reloj me parece oír un paso... ¿No se te ocurre que...?

Me callé de pronto y lo miré. Parecía frío, lejano. Quizás ni siquiera se había dado cuenta del reloj. Me volví hacia la ventana pero, con su gruesa mano, me agarró por el hombro y me obligó a mirarlo de frente, después empezó a hablarme en tono condescendiente y comprensivo, como si se dirigiera a un niño:

-Oye, Mariam, si lo que te impide dormir es ese maldito reloj no te preocupes que eso lo arreglo yo. ¿Entiendes lo que te digo? Si lo inclinamos un poco, el péndulo se parará. Sé muy bien lo que son esos condenados relojes de pared. Sólo funcionan cuando están bien derechos. Debías habérmelo dicho ayer por la noche. Anda, ven.

Se dirigió a la puerta de la cocina pero yo me le adelanté, puse el cuerpo atravesado y le impedí salir. Me miró extrañado.

-No, no, déjalo, ya no puedo dormir a estas horas. Y además no es sólo el reloj el que golpea... También...

Me detuve un momento. Seguía mirándome con estupor. Entonces sin poderme contener me señalé el vientre, cerré los ojos y terminé la frase:

-También él golpea, aquí.

-¿Él?

Lo observaba atentamente: con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, cerraba y abría los puños como si se preparara para un combate desconocido y moral. Sentí un nudo en la garganta:

-Él... tú hijo. Acaba de moverse por vez primera. Se ha movido dos veces.

Retrocedió y frunció el ceño. Entre las cejas, dos profundas arrugas le surcaban la frente como dos heridas transversales. Después se dio vuelta y se dirigió despacio hacia la ventana. Tras su ancha espalda algo encorvada, el cielo se alzaba sobre las azoteas de las casas de adobe y de hojalata y dibujaba una espesa línea cenicienta. Permaneció allí con las manos detrás de la espalda. El reloj dio tres campanadas sordas y el péndulo arrancó de nuevo su marcha solitaria con un sonido insistente, obstinado. Pensé que aquellos sonidos debían de ser la voz del silencio. No hay silencio sin voz si no, no podría oírse de esa forma única, cargada de ausencia, de soledad, de misterio. Si me hubiera vuelto la espalda refunfuñando no me habría extrañado, pero lo que me sorprendió fue su expresión atónita. Y eso que sabía lo que pasaba. Los golpes del reloj aún resonaban como disparos mortales entre él y yo. Hubiera querido terminar con aquella espera angustiada, que se volviera, que dijera algo. A mí misma me sorprendió oír mi propia voz como si fuera otra y no yo la que hablara y pronunciara en tono humilde y culpable aquellas palabras que salían de mi garganta:

-Es difícil que nos deshagamos de él ahora.

Por toda respuesta me lanzó a la cara.

-Ya lo sé.

De nuevo el silencio y la espera como si entre nosotros se extendiera una barra metálica. No era un puente ni un muro, sino simplemente una fría barra metálica de silencio suspendida en el vacío. La noche escondía sus garras y liberada de ellas las azoteas del campo. El cielo se elevaba lentamente como un águila que emprendiera el vuelo. De pronto, como un destello, como un relámpago que iluminara todas las dimensiones del horror y de lo desconocido, vislumbré cuál sería mi futuro. Empecé a temblar. Sentí su ausencia como algo terrible, que se materializaba en vez de esfumarse. Y esperar, esperar. Esperar los dos de pie, mi hijo y yo, mi hijo acurrucado en mis entrañas, esperar a que dijera una palabra, era horrible. Después empezó a hablar despacio, en voz baja y sin volverse como si se dirigiera a todo lo que nos rodeaba, bañado en una claridad cenicienta. Yo lo observaba atenta, pendiente de sus palabras.

-¿Un sexto hijo? ¡Un sexto! Pero, ¿te das cuenta de ello? ¿Esperas acaso que me ponga a bailar contento? ¡Un sexto hijo! Te aconsejé mil veces que te deshicieras de él, pero claro, eso para ti es algo grave, vergonzoso.

Hizo una pausa como si recitara un libro y se detuviera después de una coma.

-¡Y la gente! ¡Qué dirá la gente! Otro escándalo. ¡Un chiquillo a los cinco meses de casados!

En medio de su cólera buscaba aquí y allá argumentos que soltaba con

frases nerviosas y temí que volviera a sumirse en sus lamentaciones, pero tenía ante sí un campo fecundo que explotar y no tardó en volver a la carga.

-Dar de comer a seis boca además de ti y de ella. Tendría que hacer milagros. Ah, son todas iguales, creen que con eso tienen al hombre bien amarrado. Un pedazo de carne, eso es lo que nos une a vosotras las mujeres. Pero no, estás muy equivocada, te lo digo yo. A un hombre que ya tiene cinco hijos, maldito si le importa eso un comino.

Se volvió hacia mí, dio un paso y se me acercó. De espaldas a la ventana, la luz mortecina del día se proyectaba en torno a sus hombros y dejaba su rostro en la oscuridad.

-Si ese maldito pequeño de Hamed estuviera aquí...

Como si movida por una fuerza desconocida alcé los brazos, me llevé las manos a los oídos y los apreté con toda la fuerza de que era capaz. Su voz me llegaba apagada, pero seguía ante mí gesticulando furiosamente con los brazos. Después avanzó y me pasó por enfrente sin dejar de mover los labios con rapidez. Su voz se estrellaba contra los objetos que nos rodeaban y volvía amortiguada para después fundirse en aquella horrenda luz cenicienta como la superficie de un pantano oscuro. Otra voz brotó de lo más profundo de mí ser y resonó en mi cabeza con miles de ecos como el ladrido de un perro herido atrapado debajo de un barril de metal vacío: “ya no podríamos deshacernos de él, y no podríamos deshacernos de él”. De pronto comprendí que tampoco yo podría deshacerme de Zacarías, ni él de mí. No me quedaba otro remedio más que andar con él el resto del camino, taparme los oídos y morderme los labios. Hamed se había ido. Sus pasos obstinados resonaban sin piedad en nuestra frente. Desapareció y se desvaneció en el espacio. De él ya no quedaba más que el eco sin fin de sus pasos obstinados. El último tren de una estación abandonada. Nos dejó en el andén mientras escuchábamos la voz del silencio llena de ausencia, de soledad, de lo desconocido, un silencio que retumba... retumba... retumba.

De súbito, despuntó el día y apareció el desierto que dormía bajo las dunas infinitas. Silencio y espera. De nuevo la sangre fluía por mis venas. Rendido de fatiga, el otro se había ido aplacando. Hacía esfuerzos por mantener erguida la cabeza. Después abrió los ojos, respiró profundamente y trató de levantarse sin conseguirlo. Me miró por primera vez e intentó decir algo. Le devolví la mirada helada mientras pasaba la hoja del cuchillo por el borde del zapato. Con una ojeada rápida lo observé a fondo y, en la profundidad de sus ojos que brillaban y parecían negros en aquella luz gris y mortecina en que nos bañábamos, pude leer el miedo, la espera desesperada. Como si sintiera mi pequeña victoria efímera, cerró los párpados un breve instante y después fijó la vista en el suelo, en algo que había detrás de mí. Empezó a arrastrarse sobre las nalgas mientras pronunciaba unas palabras,

alargaba el cuello y señalaba un odre de metal que debía habersele caído durante el combate nocturno y que estaba a dos pasos de mí. No me moví y para que comprendiera mejor me esforcé en pronunciar despacio: “Morirás de sed”. Sin atender mis palabras siguió con el cuello tendido en dirección del odre. Lo agarré y lo moví junto al oído. Dentro había todavía un poco de agua, pero sin abrirlo lo arrojé adonde estaba antes. Con los labios entreabiertos, su rostro aparecía crispado por una cólera impotente. Volví a repetirle: “Morirás de sed”. Intentó de nuevo llegar hasta el odre, se arrastraba sobre las nalgas y los talones de las botas. Cuando estuvo cerca de él, lo agarré por el cuello y lo volví a su sitio. “Morirás de sed”, Tras él surgió el disco rojo del sol en la inmensidad del horizonte. Como una ola súbita de terror que cubriera la arena y se retirara, nuestras miradas, que permanecían fijas en el odre, se cruzaron. El color de sus ojos parecía de miel y el reflejo del sol ardiente daba a su rostro un aspecto enfermizo con la barba que empezaba a salirle en el mentón. Bajo las mangas de la camisa sus brazos parecían robustos, cubiertos de un fino vello rubio. Mientras me miraba, saqué sus papeles del bolsillo aunque de nada me sirvieron. Después me puse a examinar la foto de su carné de identidad, en la que parecía más joven de lo que era, con la raya al lado y una ancha sonrisa. Debajo aparecía su nombre en hebreo. Le puse el carné delante y señalé con el dedo el lugar en donde estaba escrito su nombre. Movié la cabeza con energía y apretó los labios. Sonreí: “Por mí, puedes guardarte el secreto”. Registré los demás papeles sin encontrar más que un pequeño sello color morado al pie del carné, escrito en caracteres latinos que me resultaron legibles junto a los garabatos hebreo: “Jaifa”.

Doblé los papeles con cuidado y los metí en el bolsillo del pantalón. Después, cambié de sitio y me senté frente a él. El sol había empezado a elevarse en el cielo, lento y majestuoso. Todavía era soportable. Aún me miraba con cautela y expectación tratando de descubrir mis intenciones, sin conseguirlo, seguramente porque ni yo mismo las conocía. Le dije tiempo suficiente para que me estudiara a fondo y cuando todos sus sentidos estaban concentrados en mí, en espera de un movimiento o de una palabra, le dije: “Vamos, sé amable y hablemos de Jaifa. Esperar así en silencio sólo sirve para aumentar el miedo”. Pero seguía observándome fijamente con los ojos empuñados por la fatiga. “Vamos, ¿qué fue de aquel barrio que iba desde la mezquita del Sheik Hasán hasta los baños judíos de Manchya, aquellos que se quemaron?”. De pronto, sin saber muy bien por qué, tuve la impresión de que me había comprendido a la perfección y que esperaba el fin de mis palabras. Continué: “Eso me interesa, conozco ese barrio como la palma de mi mano. Vivíamos en él”. Pero mis palabras debieron parecerle sin sentido. De todos modos, quería hacerle comprender que para él ya nada tenía importancia, que aún no había decidido nada y que nos quedaríamos allí los dos sentados hasta...

¿hasta cuando?...

Un vientecillo venido de lejos sopló en dirección nuestra, levantó la arena y nos bañó en la primera ola de calor. Inquieto, no dejaba de removerse en su sitio. De pie, escudriñó el horizonte que nos rodeaba como un muro, a pesar de la distancia. Sólo el espacio que se extendía inmenso, silencioso, inundado de luz y de desolación. Ante nosotros, el sol como un disco candente en una inmensa pared grisácea. Me senté a su lado y, con las manos, traté de explicarle que ya no había nada que hacer, pero sin fijarse para nada en mis gestos, observaba con atención el cuchillo que tenía entre las piernas cuya hoja de acero brillaba a la luz del sol. Lo agarré y me puse a afilarlo de nuevo contra el borde del zapato. El roce del acero contra la suela produjo un chasquido semejante a un grito de agonía. Sólo entonces me miró a los ojos y en su rostro apareció de nuevo una expresión de espanto e impotencia. En aquel momento comprendí que sería capaz de degollarlo sin inmutarme lo más mínimo y que ese momento llegaría sin remedio bajo el peso de aquella expresión de espanto en la mirada, del chasquido de la hoja del cuchillo en mi zapato y del sol candente que me abrasaba la nuca sin piedad. Tras él, el horizonte de arena se destacaba frente al cielo blanco como las bambalinas de un teatro donde, al sonar la señal, se precipitaran automóviles, perros y hombres armados de metralletas negras con cañones preciso, que permanecen inmóviles clavados detrás de la escena ante un fondo vacío y, de pronto, descubren que el drama se desarrolla allí y que ellos no son más que lo espectadores.

Me agarró por los hombros y, violentamente, me dio vuelta y me puso frente a él. Veía como sus labios se movían con furia en un rostro contraído por la ira, pero yo, con las manos pegadas a los oídos, no oía nada. Se dio cuenta de ello y sujetándome por los puños me obligó a bajar los brazos. De nuevo los ruidos del mundo se atropellaban en mis oídos, confundidos con los sonidos del reloj que llegaban por el pasillo hasta la cocina donde permanecíamos frente a frente la mañana de nuestra boda y que, cual llamadas de socorro, se confundían con su voz y resonaban en mi cuerpo como címbalos gigantes.

-Pero, ¿qué te has creído, que acaso me casé contigo para que me dieras un hijo, más que puta?

De pronto sentí que se me humedecían los ojos, y sin poderlas contener, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Traté de liberarme de sus garras, pero me apretaba las muñecas con manos de hierro. Un rayo de sol entró por la ventana, le dividió el rostro a la mitad y le dio un aspecto todavía más iracundo y colérico:

-Escúchame bien y después no digas que no me oíste: si no te deshaces de ese pequeño puto...

Grité con todas mis fuerzas con un alarido enloquecido que lo llenara todo y cubriera su voz, pero ésta brotaba aún de sus labios convulsos y me atravesaba

los oídos: “Si no abortas, te repudio... te repudio... te repudio... ¿me oyes? Te repudio”. De pronto la garganta se me paralizó. Un silencio pesado y tenso se abatió sobre nosotros en aquella espera amarga. *Se oyó el ladrido de un perro y al poco rato otros ladridos resonaron por todos lados hasta fundirse en un solo aullido prolongado en medio de un ruido infernal que era imposible saber de donde venía.* Lo sentí moverse por tercera vez; se removía en mis entrañas con un pequeño estremecimiento semejante a un escalofrío que me recorría los muslos y me llegaba hasta las rodillas. Cerré los ojos pero su voz me asaltaba sin piedad: “¿Has oído lo que te dije?” Me sacudió repetidas veces con furia: “Dime que lo has entendido”. Me empujó contra la pared donde choque me despidió contra la mesa como una muñeca de goma. *Entonces, ante mí vi brillar sobre la mesa la hoja larga y afilada del cuchillo.* Lo agarré con las dos manos y lo apreté con fuerza, bajé los brazos hasta la parte inferior de su vientre y apunté la hoja en dirección suya. Nos miramos frente a frente y nos abalanzamos el uno contra el otro. *Sentí como la hoja penetraba en él.* Lanzó un gemido prolongado. Intentó arrancársela, pero la hoja se hundía cada vez más. Sus manos agarraron con fuerza las mías que apretaban el mango del cuchillo y después cerró los ojos. Entonces lo solté y retrocedí un paso. Tenía la hoja hundida en la ingle e intentó arrancársela de nuevo, pero ya sus manos empezaban a tomar un tono azulado y estaban tan convulsas que no lograban asir el mango. Al derrumbarse, se agarró de la mesa. La sangre empezaba a empaparle el pantalón, una sangre rojo escarlata. Abrió los ojos y me miró débilmente. Lo hice girar en redondo, lo agarré por los hombros y lo empujé contra la pared. Entonces se curvó, se apoyó en el antebrazo y la frente para que el mango no chocara contra la pared, pero lo agarré bien por los hombros, le clavé la rodilla en los riñones y lo empujé con todas mis fuerzas. Oí como la hoja del cuchillo se le hundía en la carne, lenta pero con decisión, y el mango de madera raspaba la pared. Lanzó un ronquido como si de pronto despertara. También oí el barboteo de la sangre que corría a chorros en torno a la hoja. Después se estremeció y se derrumbó junto a las patas de la mesa. *Un rayo de sol se filtró por la ventana e iluminó el delgado hilo de sangre que corría por las baldosas de la cocina de un blanco reluciente. Resonó la voz del silencio. Afuera, los perros ladraban rabiosos, sin cesar y sólo los acalló el ruido de sus pasos que, como el ataúd colgado en la pared, golpean: golpean con cruel insistencia, implacables, contra mi frente. Golpean encima de él, masa inerte. Golpean... golpean... golpean...*

UM SA'AD

A Um Sa'ad, voz viva del pueblo

G.K.

INTRODUCCION

Um Sa'ad es un personaje real, una mujer de carne y hueso. La conozco bien. Nunca he dejado de verla, de hablarle, de aprender de ella. Lo que a ella me une es algo que no sabría explicar con exactitud, aunque quizás sea su arraigamiento profundo en esa clase heroica y oprimida, arrojada a la miseria de los campos, esa clase en medio de la cual he vivido y con la que aún vivo, aunque no sabría decir hasta qué punto vivo para ella.

Aprendemos de las masas y, a cambio también les enseñamos. Con todo, creo con firmeza que aún nos queda mucho que aprender de ellas, única maestra de verdad que, con una visión clara de la realidad, hace que la revolución sea parte inseparable del pan, el agua, las manos trabajadoras y los latidos del corazón.

Um Sa'ad me ha enseñado mucho y casi puedo decir que, en las líneas que siguen, cada palabra brota de sus labios y de sus manos, de sus labios, que a pesar de los pesares, siguen siendo palestinos, de sus manos que desde hace veinte años esperan las armas.

Y, sin embargo, Um Sa'ad no es sólo una mujer. Si no encarnara en cuerpo y alma el sufrimiento de las masas, sus penas y cotidianas, no sería lo que es. Su voz es, para mí, la de esa clase de palestinos que pagaron caro el precio de la derrota y que hoy, bajo techos miserables y en la vanguardia de la lucha, siguen pagando aún más caro que todos los demás.

Gassan Kanafani.

UM SA'AD Y LA GUERRA QUE SE ACABA

La mañana era triste. A través de la ventana, el sol brillaba como una bola de fuego incandescente suspendida en la cúpula del espacio. Nos replegábamos en nosotros mismos como banderas arriadas. De pronto, la vi venir al comienzo de la calle bordeada de olivos, como si surgiera de las entrañas de la tierra sobre un fondo de vacío, de silencio y de pena. Me asomé a la ventana para verla caminar con su alta estatura como una lanza que apuntara hacia un destino desconocido. Mi mujer se me acercó y miró a la calle:

-Ahí tenemos a Um Sa'ad¹.

Con la precisión de un reloj, volvía siempre. Surgía del centro de la tierra como si hubiera una escalera sin fin. Mientras contábamos sus pasos, mi mujer me decía: "Veremos lo que piensa ahora Um Sa'ad". Yo me decía que para mí: "No lo sé". Suponía que no estaría enterada. Detrás de nosotros, se amontonaban en la arena blindados destruidos y las divisiones enteras no cesaban de huir. Mientras tanto, yo oía en la radio el fragor de la guerra y el silencio de nuestros combatientes. Tras de mí, encima de la mesa, plañía como una viuda. Su voz, la de la derrota, daba a todas las cosas un aspecto de futilidad: el escritorio, la silla, el plato de comida, la mujer, los niños, los proyectos futuros..., todo aparecía difuso, desvaído. Hasta la tinta había perdido el color.

-Um Sa'ad desapareció desde que estallaron los combates –me dijo mi mujer- pero ahora vuelve a aparecer como si tuviera algo que ver con la derrota... Combatieron por ella y perdieron, sólo que ella perdió dos veces. ¿Por qué viene? ¿Qué es lo que va a decir? Se diría que quiere escupirnos a la cara. ¿Qué es lo que habrá pensado esta mañana al salir del campo?

Preguntas todas que quedaban suspendidas en el aire como el polvo que flotaba y que casi me parecían dentadas, afiladas, con puntas como cuchillos, sumergidas en aquel haz de rayos plateados que el sol derramaba en el centro de la habitación.

Um Sa'ad se acercaba a nosotros con su atadito del que nunca se separaba, y caminaba erguida como un estandarte alzado por brazos invisibles. Entró Um Sa'ad y toda la habitación se impregnó de olor a campo. Me pareció que era la misma de hacía diez años. Sólo diez días, ¡Dios mío, cómo habían cambiado las cosas en diez días y cuántas ilusiones se habían esfumado! Puso su miserable fardito en una esquina, sacó de él una raíz que parecía seca y me la tendió.

¹ Literalmente, "madre de Sa'ad". Para Abu y Um seguidos del nombre, véase de la nota 1 de Hombres en el sol.

-La arranqué de una viña que encontré en el camino. Te la doy a plantar delante de la puerta y dentro de unos años comerás uvas.

Di vueltas a aquella raíz que parecía un trozo de madera pardo oscuro del que no se podía sacar nada.

-¿Es ahora el momento, Um Sa'ad?

Volvió a atarse el chal blanco en la cabeza como hacía siempre cuando tenía el pensamiento puesto en otra cosa:

-Parece que no sabes lo que es la viña. Es una planta que da fruto y que no necesita más que un poco de agua, no mucha, porque se pudre. Me dirás que cómo es eso, pues te lo diré. Hay siempre humedad en la tierra y en el cielo, pues de ellas saca el agua que necesita y, después, da fruto sin parar.

-Pero si no es más que un palo seco.

-Eso es lo que parece, pero es un trozo de viña.

-Bueno, eso ahora no tiene importancia...

De súbito preguntó:

-Ya todo terminó, ¿verdad?

-Sí.

-Eres tú el que lo dice.

Salió al balcón y la seguí despacio.

-¿Cómo estaba el campo hoy?

Me miró, y en su frente color de tierra me pareció leer toda la historia. Después extendió las manos:

-La guerra empezó en la radio y en la radio terminó. Cuando terminó, me levanté para romper el aparato, pero Abu Sa'ad me lo arrancó de las manos. ¡Ah, hijito, ah!

Se había apoyado en la balaustrada y miraba los olivares que se extendían hasta las colinas. Después, tendió la mano por encima de ellos y me dijo:

-El olivo tampoco necesita agua. Lo que necesita es la humedad que chupa desde muy adentro de la tierra.

Luego me miró:

-Sa'ad se fue, pero lo volvieron a traer. Yo creía que llevaba dos días luchando. Esta mañana me enteré que estaba preso. ¡Que vergüenza! Hubiera preferido verlo muerto.

-¿Cómo supiste que estaba preso?

-El lunes por la mañana oímos la radio. Entonces agarró sus cosas y fue a reunirse con sus compañeros. Como diablos que surgieran de las entrañas de la tierra, aparecieron todos en el campo. Los seguí, tomé un atajo, y conseguí alcanzarlo cerca de la entrada del campo. Le lancé algunos gritos de júbilo y vi como se reía hasta que desapareció de mi vista... Pero, ¡mala suerte!, no consiguió llegar, lo detuvieron.

-Y ahora, ¿qué?

-El mujtar² fue a verlo. Pasó por casa esta mañana para decirme: “No tengas miedo, Um Sa’ad, que te lo volveré a traer” ¡Qué imbécil! Piensa que eso es lo que yo quiero... ¡Pero abrase visto que imbécil! Cree que eso es lo que le va a gusta a Sa’ad. ¿Sabes?, ya verás como el mujtar volverá esta noche y me dirá: “Tu hijo es un sinvergüenza, lo saco de la cárcel y se me ha escapado para huir a la montaña y cruzar la frontera...”

-¿Cruzar la frontera para ir adónde?

Con el brazo tendido no señalaba a ninguna dirección precisa. Después se volvió y empezó a señalar todo lo que nos rodeaba: el escritorio, la silla, los niños, la mujer, el plato de comida y, por último, a mí.

De momento, no me di cuenta de lo que quería decir. El gesto de su brazo me pareció algo simbólico, demasiado complicado para ocurrírsele a una mente tan sencilla. Volví a preguntarle:

-¿Pasar la frontera para ir adónde?

En las comisuras de sus labios advertí una sonrisa que nunca le había visto antes y que desde entonces he de ver siempre. Era como una lanza tendida.

-¡Como si no lo supieras! ¡Anda, como si no lo supieras...! ¿Pasar la frontera para ir adónde? Eso es lo que tanto preguntas, eso es lo que los demás preguntan... ¿Por qué no desayunas?

Sorprendido por la pregunta dirigí una mirada a la comida que esperaba, desde hacía dos horas, a que se me abriera el apetito como una puerta cerrada para siempre con las hojas oxidadas por la herrumbre. Mi herrumbre era ahora la derrota, el sabor a humillación.

Insistió de nuevo:

-¿Pero no desayunas? Yo tampoco desayuné nada hoy. Espero que algo me abra los deseos de comer y, no sólo de comer, sino de vivir también, ¿comprendes? Y no hay nadie que pueda hacer eso más que Sa’ad. –Se calló un momento y después musitó como si hablara para sí:

-¿Sabes?, si Sa’ad vuelve a casa esta noche, si volviera, no podré probar bocado... ¿Entiendes ahora por qué era necesario que pasara la frontera? –Volvió a tender el brazo para señalar a una frontera imaginaria y recorrió de nuevo el escritorio, la silla, los niños, la mujer, el plato con comida, hasta detenerse en mí como si su brazo fuera un puente o una barrera.

-¿Y tú, qué piensas hacer, hijito? Han pasado veinte años de eso. Ayer por la noche me acordé de ti cuando oí que la guerra había terminado, y entonces me dije que tenía que pasar a verte. Si Sa’ad hubiera estado allí me habría dicho: “Esta vez le toca a él venir a visitarnos...” Entonces dime, ¿qué vas a hacer? – Sin esperar respuesta volvió a la habitación, tomó de encima de la mesa la raíz de

² El mujtar (literalmente “el elegido”) es el nombre que designa en Oriente Medio (Siria, Líbano, Palestina) al alcalde de una aldea, o bien al alcalde de barrio en las ciudades importantes. Aquí se trata del mujtar del campo de refugiados en el que vive Um Sa’ad.

viña y se puso a examinarla como si la viera por vez primera. Después, se dirigió a la salida.

-La voy a plantar, ya verás como da uvas, ¿No te dije que no necesita agua? Exprime las gotas de la tierra, bien abajo, y bebe de ellas.

Al verla caminar así por el pasillo me parecía inmensa, como una torre enhiesta. Sin saber por qué, pensé en el mujtar que intentaba que soltaran a su hijo de la cárcel.

-¿El mujtar te dijo lo que haría para sacar a Sa'ad de la cárcel?

Al final del pasillo se volvió hacia mí. Plantada en el umbral de la puerta abierta parecía un titán que penetrara con la luz del sol. No conseguía ver su rostro con claridad, pero sí la oí decir:

-¿Pero aún piensas en el mujtar?

-¿No te lo había dicho?

Eso fue lo primero que dijo Um Sa'ad al día siguiente por la mañana. Llegó temprano, como de costumbre. El día anterior me había acostado tarde, así que me encontró todavía en la cama. No le importó, estaba impaciente por contarme algo.

-¿No te había dicho que no pensaras más en el mujtar? ¿Sabes lo que pasó? Pues se fue a verlos y quería que cada uno de ellos le firmara un papel con la promesa de que serían buenos chicos, pero se negaron y lo pusieron de patitas en la calle.

-¿Ellos, quiénes?

-Sa'ad y sus compañeros. El mujtar me dijo que se habían burlado de él y que Sa'ad le había preguntado: “¿Qué quiere decir eso de buenos chicos?”. El mujtar contó que estaban amontonados en la celda y que todos se habían echado a reír. Uno de ellos, a quien no conocía, le había dicho: “Buenos chicos quiere decir que seamos sensatos, ¿no es eso?” Y otro: “¿Quiere decir que nos traguemos una torta sin masticas y encima digamos gracias?” Por fin Sa'ad se puso de pie y dijo: “Amiguitos, ser buenos chicos quiere decir combatir, eso es lo que quiere decir, eso mismo”. -Se sentó en la silla rebotando una alegría secreta-. ¡Que Dios los proteja! Mientras el mujtar me contaba la historia, yo reía para mis adentros. Al final, le dije: “¡Has tenido suerte de que no te pegaran, puedes dar gracias a Dios!” Y se enfadó.

-¿Se negaron a firmar?

-¡Claro que se negaron!... Le dijeron al mujtar: “¡Te ha salido el tiro por la culata!” Y se enfadó. Sobre todo cuando les preguntó se necesitaban algo del campo y Sa'ad le contestó: “Saludos a la familia, hijito”. Se ofendió. Figúrate, es mucho más viejo que Sa'ad, más o menos de la edad de su padre. Me dijo que Sa'ad le había faltado el respeto llamándolo “hijito” como si fuera un chiquillo...

-¿Y qué le contestaste al mujtar?

-Le dije que Sa'ad tenía un corazón de oro y que si le había dicho eso no había sido con intención de ofenderlo. Todo lo que había querido decir era que ahora le había llegado el turno a él...

-Um Sa'ad, ¡tanto quisiste arreglarlo que fue peor!³

-¿Yo? ¡Pero si lo hice con toda intención!

-Y ahora, ¿qué va a hacer Sa'ad? ¿No sería mejor que saliera de la cárcel?

Se calló y después me miró, y esbozó una sonrisa en las comisuras de la boca.

-¡De acuerdo! Pero tú, ¿acaso no estás preso? ¿Y qué es lo que haces?

Los periódicos estaban dispersos por el suelo y la radio, que había dejado encendida toda la noche, dio el boletín de noticias. Um Sa'ad miraba tan pronto a la radio como a mí. En su mirada me pareció advertir algo extraño, era como si entre ella y yo se alzarán unos barrotes de hierro que mis manos no lograban arrancar.

-¿Crees que no vivimos en la cárcel ahora? ¿Qué hacemos nosotros en el campo más que movernos dentro de una prisión extraña? ¡Cárceles las hay de todas clases, hijo mío! De todas. El campo es una cárcel, tu casa otra, y el periódico, la radio, el autobús, la calle, los ojos de la gente... Nuestra edad, también es una prisión, y los veinte años que acabamos de pasar. El mujtar. Todos son cárceles. ¿Y hablas de cárcel? Pero si toda tu vida estás preso... ¿Te crees, hijito, que los barrotes tras los que vives son arriates de flores? Cárceles, cárceles, cárceles. Tu mismo eres una cárcel. ¿Por qué va a ser Sa'ad solo el preso? ¿Por qué no firmó ese papel y prometió que sería buen chico? ¡Buen chico! ¿Quién de nosotros es buen chico? Todos hemos firmado ese papel de una u otra manera, pero eso no nos impide estar presos...

Nunca la había visto tan airada. Toda ella temblaba. Me levanté:

-¡Cálmate, Um Sa'ad! No he querido decir eso.

Ya más tranquila, me respondió.

-Todos dicen ahora: "No he querido decir eso". Entonces, ¿por qué sucede todo lo que está sucediendo? ¿Por qué? ¿Por qué no dejar hablar a los que tienen algo que decir?

-Y tú, ¿no tienes nada que decir?

Se acercó a mí:

-Escucha..., sé que Sa'ad saldrá de la cárcel, pero no sólo de ésta sino de todas las cárceles. ¿Comprendes?.

³ Literalmente dice: "Quisiste alkoholarlos (es decir, pintarle los ojos con kohol para embellecerlos) y los cegaste". Proverbio muy utilizado y que se aplica a una persona cuando pretende adornar o arreglar algo y lo único que hace es estropearlo o empeorarlo.

DE UNA TIENDA A OTRA

Um Sa'ad había vivido en Gabsiya⁴ con mi familia, pero hace mucho tiempo de eso. Después, durante años y años vivió la vida desgarradora, insoportable, de los campos de refugiados. Todos los martes viene a visitarnos y proyecta sobre las cosas una mirada profunda como si tuviera parte en ellas. A mí me considera como si fuera su hijo. Me cuenta sus penas, sus alegrías, su cansancio, y, sin embargo, nunca la oí quejarse.

Tendrá unos cuarenta y tantos años. Más sólida que una rocas. Más tenaz que la tenacidad misma. Vive diez veces su vida, pues va y viene sin parar de acá para allá y trajina todos los días de la semana para ganar honradamente su pan y el de sus hijos.

La conozco desde hace años y en mi existencia representa ya algo indispensable. Cuando llama a la puerta y deja los fardos miserables a la entrada, todo se impregna del olor a las tiendas del campo, con su miseria, su determinación, su esperanza, y me viene a la boca el resabio de la amargura que mastico año tras año hasta la náusea.

El martes pasado vino, como de costumbre. Después de dejar sus paquetes, se volvió hacia mí:

-Hijito, tengo algo que decirte. Sa'ad se ha ido.

-¿Adónde?

-Con ellos.

-¿Quiénes son ellos?

-Los fedayines.

Hubo un silencio. Estaba sentada con las manos plegadas sobre el pecho. En aquellas manos descarnadas, nudosas como sarmientos, en aquellas manos que años de trabajo y de fatigas habían surcado de arrugas, pude ver su penoso caminar con su hijo Sa'ad desde que era un niño hasta que se hizo un hombre, protegiéndolo con ellas como la tierra protege al tallo delicado de la planta joven y que ahora, de pronto, me habían abierto para que de ellas volara el pajarillo. Veinte años habían pasado...

-Se ha ido con los fedayines.

No podía dejar de mirar aquellas manos que, tendidas hacia él para acompañarlo en el peligro y en lo desconocido, gritaban, desde lo más profundo de su dolor... ¡Dios mío!, ¿por qué el destino quiere que las madres tengan que perder a sus hijos? Entonces, por primera vez, comprendí lo que destroza el corazón, como si en una tragedia griega viviéramos una escena de dolor

⁴ Barrio de las a fueras de Akka (Acre).

incurable.

Traté de ahuyentar aquellos pensamientos y le pregunté:

-¿Qué fue lo que te dijo?

-Nada. Se fue así sin más. Uno de sus compañeros pasó a verme esta mañana para decirme que se había ido con ellos.

-¿Nunca te había dicho antes que se iría?

-Sí, dos o tres veces me dijo que tenía pensado irse con los fedayines.

-¿Y no le creíste?

-Claro que sí, conozco a Sa'ad y sabía que se iría.

-Entonces, ¿por qué te sorprendiste?

-¿Yo? Si no me sorprendí. No hago más que contártelo. Me dije que te gustaría saber de Sa'ad.

-¿Y no estás triste ni enfadada?

Sus manos se agitaron. Las miré de nuevo y me parecieron bellas, fuertes, capaces de forjar cosas, y sollozaban, sí, sollozaban.

-Nada de eso. Esta mañana le dije a mi vecina que desearía haber tenido diez como Sa'ad. Hijo mío, estoy harta... Toda la vida en ese campo. Todas las mañanas y todas las noches no hago más que repetir: ¡Señor...! Hace ya veinte años. Si no iba Sa'ad, ¿quién iba a ir entonces?.

Se levantó y toda la habitación se impregnó de una atmósfera íntima, cálida. Las cosas tomaron un aspecto más familiar. Todo volvía a ser como en Gabsiya. La seguí a la cocina. Allí e sintió otra vez animada. Ahora sonreía.

-A una mujer que venía sentada en el autobús junto a mí le dije que mi hijo se había hecho fedayin (aquí le cambio el tono de voz y por eso recuerdo ahora lo que dijo), le dije también que lo quería mucho y que lo echaría de menos... ¿Crees que le darán una metralleta?.

-Claro, a todos los fedayines les dan siempre una.

-¿Y de comer?

-Todo lo que necesiten, y también cigarrillos.

-Sa'ad no fuma, pero estoy segura de que aprenderá allí. ¡Luz de mis ojos! Si estuviera más cerca le llevaría todos los días comida hecha con mis manos.

-Comerá con sus compañeros.

-¡Que Dios los guarde!

Se calló un instante y después se volvió hacia mí:

-¿Crees que le gustaría que vaya a verlo? Puedo ahorrar algún dinero para el viaje y pasar allí dos días.

Después de reflexionar algo, añadió:

-¿Sabes? Por los hijos tiene uno a veces que humillarse. Si no tuviera esos dos chicos, ya me habría ido con ellos. ¿Qué viven en tiendas? Y nosotros, ¿no vamos de una tienda a otra? Viviría con ellos y les prepararí comida, me

desvelaría por atenderlos, pero cuando hay hijos...

-No tienes por qué ir a verlo allá. Déjalo que se las arregle solo. Los fedayines no necesitan estar bajo el ala de ninguna madre.

Se enjugó las manos en el delantal. En su mirada se leía la decepción de toda madre al sentir que ya no es indispensable y que se le arrincona como algo inútil.

Se acercó a mí:

-¿Lo crees de verdad? ¿Piensas que no serviría de nada que fuera a ver a su jefe para recomendárselo? –Se turbó ligeramente y mostró la angustia que la consumía-. O si no, podrías tú recomendárselo a su jefe y decirle: cuida de Sa'ad y que Dios guarde a tus hijos.

-¿Cómo? ¿Qué es lo que dices? Con los fedayines no hay recomendación que valga.

-¿Por qué?

-Porque lo que tú quieres es que su jefe se las arregle para no exponerlo al peligro, cuando el propio Sa'ad y sus compañeros piensan que la mejor recomendación para ellos sería que los enviaran a luchar de inmediato.

Volvió a sentarse. A pesar de la angustia que leía en sus ojos y en sus manos, me pareció más fuerte que nunca.

-Te digo esto para que le recomiendes a su jefe que no haga nada para enfadarlo. Dile: Um Sa'ad te pide que jures por tu madre que dejarás a Sa'ad hacer lo que quiera. Es un buen muchacho, pero cuando no se sale con la suya, se exaspera. Por Dios te lo pido, dile que le deje hacer lo que quiera... si quiere ir a luchar, pues que lo mande.

LLUVIA Y LODO

Aquel martes por la mañana llovía. Um Sa'ad entró chorreando agua. Tenía el cabello empapado y las gotas de lluvia le corrían por el rostro. Era como una tierra recién regada. Tomó su abrigo y posó su raído paraguas en una esquina como quien coloca una vieja espada.

-Esto no es lluvia, hijo, son mares.

Sonrió. Cuando se dio vuelta vi que tenía una mancha de barro en el borde del vestido.

-¿Qué es eso Um Sa'ad? ¿Te has caído?

Giró rápidamente.

-¿Caerme yo? Nunca. ¿Por qué?.

-Tienes barro en la falda.

Frotó un poco las manchas con la mano y después las dejó al ver que el barro seguía húmedo.

-Esta noche se inundó el campo. ¡Qué vida, que Dios nos libre de ella!.

Ante mí aquella montaña temblaba. Lágrimas profundas empezaron a abrirse camino. Vi a mucha gente llorar. No he visto pocas lágrimas. Lágrimas de decepción, de fracaso, de desesperación. Lágrimas de tristeza, de desgracia, de desgarramiento. Lágrimas de emoción y de súplica. Lágrimas de rechazo impotente, de ira contenida. Lágrimas de hambre y de fatiga. Lágrimas de arrepentimiento. Lágrimas de amor. Pero como las de Um Sa'ad jamás las he visto. Aquellas lágrimas surgían de la tierra como un manantial esperado desde la eternidad. Como una espada desenvainada de su funda, sin ruido. Después se detienen un instante junto al ojo imperturbable. En toda mi vida he visto a nadie llorar como a Um Sa'ad. Su piel estalla en sollozos por todos los poros, sus manos descarnadas sollozan con voz audible, lloran sus cabellos, sus labios, su cuello, su vieja ropa rota, su frente alta, y ese lunar en el mentón, pero sus ojos nunca vierten lágrimas.

-Vamos, Um Sa'ad, ¿estás llorando?

-No hijito, no lloro. Si pudiera... pero, ¡hemos llorado tanto! Tú lo sabes. Hemos vertido más lágrimas que el agua que cayó anoche en el campo. Y después, una mañana, Sa'ad se fue. Ahora lleva un fusil y le cae una lluvia de balas, pero nadie llora. Sí hijito, he envejecido, estoy acabada. He pasado toda la noche hundida en el agua y el fango. Veinte años... -No pudo continuar. La voz se le quebró en la garganta en un sollozo ahogado. Extendió las manos en un esfuerzo por sobreponerse y vencer el dolor y la angustia que la dominaban.

-¿Qué es lo que te decía hijito? Sí, esta noche sentí que estaba cerca el fin... ¿Para qué sirve todo esto? Quiero vivir para verlo. No quiero morir aquí

entre el fango y la basura. ¿No comprendes hijito? Tú sabes escribir cosas, yo nunca fui en mi vida a la escuela, pero sentimos lo mismo, ¿no es verdad? ¡Dios mío!, ¿por dónde iba? Anoche pensé mucho en esto y encontré las palabras que hacían falta para decirlo, pero por la mañana ya me había olvidado de todo... Bueno, ¡que le vamos a hacer! Tú escribes lo que piensas, yo no sé escribir, pero las envío allá a mi hijo... Así, de esta manera, digo lo mismo que tú, ¿no es verdad?

Sentí que aquellas palabras sencillas, hirientes de verdad y disparadas como dardos, me atravesaban el pecho. La mancha de barro que le orlaba el borde del vestido parecía una corona de espinas.

-Ven, Um Sa'ad, siéntate aquí. Lo que pasa es que estás cansada. Sólo piensas en Sa'ad y te preocupas demasiado por él, eso es lo que te atormenta. Además, con un tiempo como el que hace, también te sientes abatida porque sabes que no parará de llover en todo el día y vas a pasar toda la noche quitando el barro con la pala. Ven a sentarte aquí y no te dejes llevar del desaliento.

Se sentó y respiró profundamente, como si quisiera desvanecer las nubes negras que pasaban por su pecho, soplando sobre ellas aire puro.

-No, hijo mío, no es eso. ¿Sabes lo que hacía Sa'ad cuando el campo se inundaba? Se quedaba de pie, inmóvil, mientras los hombres trataban de quitar el barro con las palas, y les gritaba: "Una noche desaparecerán enterrados en el fango", Una vez su padre le dijo: "¿Por qué dices esas cosas? ¿Qué quieres que hagamos? ¿Acaso crees que hay en el cielo un tubo y que basta con ponerle un tapón?". Todos rieron. Pero había en su rostro una expresión que me asustó. Como si aquella idea le gustara y estuviera dispuesto a irse al día siguiente para taponar aquel tubo.

-Y, ¿se fue?

-Se fue.

Me miró de frente. Hubo en ella un cambio increíble. Reﬂuyó el diluvio de lágrimas en que flotaba y pareció radiante como algo iluminado desde el interior.

-¿Sabes, hijito? No estoy preocupada por él. No, no es eso. No es preocupación, es otra cosa. Tú que has ido a la escuela quizás sepas como se llama eso... Uno de sus compañeros vino a verme ayer para decirme que estaba bien.

-¿Fue a tu casa?

-No. Ni le vi la cara. Hacía una noche muy oscura y estábamos allí luchando con el barro y el agua cuando se me acercó. Uno muy alto. ¡Que Dios lo guarde! Me dijo: "Sa'ad te manda saludos. Está bien. Mañana te obsequia con un auto". Después se fue.

-¿Cómo que te obsequia con un auto?

-Claro, ¿no lo entiendes?. Lo que quiere decir es que va a hacer saltar

uno.

-¿Y lo hará?

-¿Cómo que no? Sa'ad no dice nada que no cumpla. Lo conozco muy bien.

Afuera, el sol se abría camino en medio de las nubes oscuras como un arado que traza su surco en la tierra. Un rayo de sol penetró en la habitación. ¿Sería por casualidad que aquel rayo le iluminó el rostro? Sonrió.

Esperé a la noche para oír las noticias. La radio anunció que un coche israelí había caído en una emboscada tendida por los combatientes. Esperé con ansiedad hasta oír el final de las noticias: “Todos los fedayines regresaron a sus bases sanos y salvos”. No sé por qué fui al campo de inmediato. Um Sa'ad estaba allí en medio del lodazal, enhiesta como un faro en un mar infinito de tinieblas. Cuando me vio llegar se puso a agitar los brazos y su voz resonó por todo el campo como un trueno con ecos que retumbaba en cascada.

-¿Lo viste? Te dije que Sa'ad le ofrecería un coche a su madre.

Llovía a cántaros. Pero, en aquel momento, cuando el barco arremetía para abrirse camino hacia su destino, aquellas gotas no eran más que salpicaduras de agua que se estrellaban contra la proa.

EN EL CORAZON DEL ESCUDO

La sonrisa le llenaba todo el rostro. Nunca le había visto así. Después de poner sus miserables fardos en un rincón, exclamó:

-Sa'ad ha venido.

Afuera, los ruidos que llegaban de la calle anunciaban fiesta. Dio una vuelta por la habitación y después se sentó como de costumbre, con las manos cruzadas sobre el pecho, con esa manera tan suya que daba la impresión de que abrazara algo estrechamente. Ante mí, veía brillar los ojos de Sa'ad detrás de la metralleta. Venía cubierta de tierra después de muchas noches de ausencia.

Pregunté a Um Sa'ad:

-¿Ya hace un año que se fue?

-Todavía no. Hace nueve meses y medio. Llegó ayer.

-¿Va a quedarse?

-No. Le cosieron el brazo, una bala le...

Se remangó la manga del traje y me mostró como la bala le había atravesado desde el codo a la muñeca. Al ver aquel brazo sólido, moreno como el color de la tierra, comprendí que las madres pudieran echar al mundo hijos combatientes. Me pareció advertir la cicatriz de una vieja herida, casi imperceptible, que le iba desde el codo hasta la muñeca.

-¿Tú también?

-¿Yo? Ah, sí, es una vieja herida, de los tiempos de Palestina... Fue un día que un zorro me robó una gallina. Conseguí atraparlo debajo de un alambre de espinos y le retorcí el pescuezo, pero me lastimé el brazo en la alambrada.

-¿Y Sa'ad?

-Volverá cuando tenga curada la herida.

Me di cuenta de que había dicho “volverá” y no “se irá”. No me paré demasiado a pensar en ello. Um Sa'ad me había enseñado hacía tiempo como el exiliado crea sus palabras y las introduce en su vida lo mismo que la reja del arado penetra en la tierra.

-¡Que Dios lo guarde! Lleva el brazo como si llevara una condecoración.

Parece que ya es el jefe del comando y que no hacen más que preguntarle: ¿Pero Sa'ad, por qué tan aprisa? Siempre está en primera línea. Yo le dije: “Se ve que eres hijo de tu padre”.

-¿Le echaste mucho de menos?

-¿A quién? ¿A Sa'ad? ¡Que Dios lo proteja!

Me abrazó sólo un segundo. Entonces fui y le dije: “Vaya Sa'ad, ¿no das un beso a tu madre después de tanto tiempo sin verla?”. ¿Sabes lo que me contestó? : “Pero si te vi allí. Y se ríe.

-¿Cómo que te vio allí?

-Ya verás. Me contó que estuvo en Palestina. Había caminado mucho con cuatro de sus compañeros en dirección oeste, muy cerca del país. Después se escondieron en los campos. No entendí por qué. Hablaba y yo lo miraba a los ojos con admiración, pero, ¡qué muchacho!, ¡qué muchachos todos ellos!, y me decía para mis adentros: estuvo allí, entonces estuvo allí. Lo que no entendía era por qué tuvieron que esconderse en los campos... Dijo que él y los otros...

Llovía a cántaros y tenían hambre. Cuando cae una lluvia de plomo parece que se siente un olor como el del pan. Eso dice Sa'ad. Estaban rodeados y decidieron quedarse calladitos en su escondite pensando que el cerco sólo duraría unas horas. Pero duró varios días hasta que ya estaban muertos de hambre. Por último, no tenían más que dos posibilidades: permanecer escondidos soportando aquel suplicio que no sabían cuando terminaría, o bien que cada uno de ellos, por su cuenta, intentara la aventura de ir a la aldea más próxima. La elección era difícil, así que decidieron esperar a la tarde para decidir lo que harían.

Más tarde, sería mediodía cuando Sa'ad dijo, de pronto, a sus compañeros: "Ahí, está, mírenla, esa que llega es mi madre". Los hombres miraron el camino angosto que serpenteaba la colina y vieron a una mujer que venía hacia ellos vestida como una campesina, con un largo traje negro, y que llevaba en la cabeza un hato y unas ramas en la mano. Les pareció que era una mujer ya mayor, de la edad de Um Sa'ad, alta de estatura y fornida como ella. En medio de un silencio mortal sólo se oía, como un susurro, el crujido de los guijarros bajo sus pies descalzos.

Uno de los cuatro lo increpó:

-¿Tu madre? Pero si tu madre está en el campo, imbécil... El hambre te ha nublado la vista.

-Ustedes no conocen a mi madre... Siempre me sigue a todos los sitios. Y les digo que ésa es mi madre.

La mujer llegó junto al lugar donde estaban escondidos, tan cerca de ellos que podían oír el roce de su largo traje bordado de rojo. Sa'ad la miraba oculto tras los zarzales y de pronto la llamó:

-¡Mamá, mamá!

La mujer se detuvo un instante y recorrió con la mirada los campos silenciosos. Mientras tanto, los otros la observaban mudos. Uno de ellos agarró a Sa'ad por el brazo y se lo apretó para advertirle que tuviera cuidado. Un segundo, otro. La mujer parecía extrañada, pero al fin prosiguió su camino.

Había dado dos o tres pasos cuando Sa'ad volvió a llamarla:

-¡Mamá, contéstame!

Otra vez se detuvo y miró en torno suyo, extrañada. Al no ver nada, se quitó el hato de la cabeza y lo puso en el suelo con las ramas encima. Después, con las manos en las caderas empezó a buscar en los zarzales.

-¡Estoy aquí, mamá!

La mujer se volvió hacia el lugar de donde había salido la voz y al no ver a nadie se agachó, agarró una rama, le arrancó las hojas y avanzó dos pasos en dirección a ellos. Después se detuvo y exclamó:

-¿Por qué no sales y te muestras?

Los hombres miraron a Sa'ad que vaciló un instante. Después se colgó la metralleta del hombro y se acercó despacio a la mujer:

-Soy Sa'ad, mamá. Tengo hambre.

La campesina soltó la rama que llevaba en la mano y miró atónita a aquel muchacho que surgió de aquellos zarzales y descendía hacia ella vestido de caqui con la metralleta al hombro. Mientras Sa'ad se acercaba a la mujer, los otros apuntaban con las armas, dispuestos a disparar.

-El enemigo te hace pasar hambre, hijo mío... Ven, ven con tu madre.

Sa'ad se acercó un poco más, ya confiado, con la metralleta colada del hombro, descuidadamente. Cuando estuvo junto a ella, la mujer abrió los brazos y lo estrechó entre ellos.

-¡Querido mío, hijo mío, que Dios te guarde!

-Mamá, queremos comer.

Se echó y le entregó el bulto. En aquel momento vio que la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¡Por Dios te lo ruego, mamá, no llores!

-¿Hay contigo otros muchachos? Dales de comer. Al atardecer volverá y les dejaré algunas provisiones al borde del camino... ¡Que Dios los guarde, hijos míos!

Sa'ad volvió junto a sus compañeros y les llevó algo de comida. Ninguno de ellos advirtió en él menor signo de asombro. Después de comer, uno de los muchachos sugirió:

-Cambiemos de sitio. A lo mejor trae consigo a los soldados.

Pero Sa'ad no quiso atender aquellas razones. Al cabo de unos instantes, replicó:

-Era mi madre, lo han visto ustedes mismos, ¿cómo va atraer a los soldados?.

Al caer la tarde, la mujer volvió y dejó provisiones. Lo mismo hizo al día siguiente, al amanecer. Cada vez, Sa'ad la esperaba detrás de los matorrales:

-¡Que Dios te bendiga, mamá!

Y todos oían que ella respondía:

-¡Que Dios te guarde, hijo mío!

Um Sa'ad prosiguió su relato:

-Esa mujer les dio de comer durante cinco días... Sa'ad me contó que ni una sola vez había llegado tarde, ni siquiera una hora. Hasta que levantaron el

cercos. Aquel día llegó y después de dejar provisiones, le dijo: “Ya se fueron los soldados... ¡Buen suerte!”

Um Sa’ad permanecía con las manos sobre el pecho como si abrazaran a alguien estrechamente.

-Sa’ad dice que me vio allí. Si no hubiera estado allí para darle de comer, se habría muerto de hambre, y si no hubiera rezado tanto por él, lo habría matado esa bala que le atravesó el brazo.

Se puso en pie y toda la habitación se inundó de olor a campo, ese campo en el que Sa’ad se había emboscado como si estuviera rodeado de un escudo.

-Volverá cuando se le haya cerrado la herida. Me dijo que no me preocupara por él, que él me veía allí siempre... ¿Qué quieres que le diga? Le dije: ¡Que Dios te acompañe y te guarde!

Se volvió. Dio un paso, dos, y de pronto, me oí a mí mismo llamándola:

-¡Mamá!

Se detuvo.

UNOS HUYEN, OTROS AVANZAN

Um Sa'ad abrió las manos ante mí, sus manos laceradas por el cansancio y el sufrimiento. Entre sus grietas, vi cicatrices rojas de heridas mal curadas.

-¿Qué te ha pasado, Um Sa'ad? ¿Has peleado con un espino?

Se acercó más a mí para mostrarme su piel reseca como la tierra sedienta.

-No, hijo mío, eso pasó anteayer por la noche. Recogí pedazos de metal cortantes.

-¿Anteayer por la noche?

Cuando oyó la primera explosión. Um Sa'ad estaba dando de cenar a su hijo pequeño. El campo del Bory no está muy lejos del aeropuerto, pero por un momento pensó que alguno se adelantaba a festejar el Año Nuevo. Después se puso a escuchar con más atención y sintió en el aire que algo grave pasaba. Su jornada había sido agotadora. De pie desde el amanecer, había lavado la ropa, escurrido las bayetas, limpiado los cristales de las ventanas, fregando el suelo, sacudiendo las alfombras —en las casas de los demás, claro, porque la suya en el campo no es más que una habitación dividida a la mitad por un tabique de hojalata. Estaba muy cansada, pero cuando oyó la segunda explosión, no vaciló un instante, dejó a su hijo y salió afuera. Por encima de las dunas rojizas, se dirigió a la carretera y allí pudo ver llamaradas envueltas en humo que se elevaban en la noche. Um Sa'ad se detuvo atónita sin saber qué hacer, oía un zumbido, un estrépito extraño.

-¿Estabas sola?

-¿Sola? ¡Qué va, hijito, qué iba a estar sola! La gente acudía como las hormigas.

Todas las mujeres del campo, y los niños y los muchachos, todos salieron como si antes se hubieran puesto de acuerdo. Estábamos todos allí. No sabíamos muy bien por qué ni para qué. En el horizonte divisábamos el fuego. Después, oímos un avión que pasaba cerca y levantamos la cabeza.

El avión se acercó aún más. Era negro. Pasó en vuelo rasante y ametralló la carretera. Entonces se oyó un estrépito ensordecedor de chatarra. Poco después, Um Sa'ad se lanzó a la calzada y recogió una esquirla de hierro de aristas cortantes.

-Estos pedazos de hierro pinchan las ruedas de los carros.

Le dio vueltas en la mano para que los demás la vieran bien.

-¡Vamos, muchachos, hay que recogerlos y arrojarlos a la arena!

Todos, mujeres y niños, se lanzaron a recoger los pedazos de hierro que luego arrojaban sobre la arena. Después, se fueron desperdigando como espectros a lo largo de la carretera, para limpiarla de obstáculos y se echaban boca abajo, encima de la arena, cada vez que el avión volvía.

-El avión volaba tan abajo que parecía que casi nos rozaba la cabeza. Una vez llegó a estar tan cerca que le lancé una piedra..., pero pasó demasiado de prisa. Cada vez que arrojaba una lluvia de esa metralla infernal corríamos a recoger los cascos.

-Así que entonces limpiaron la carretera.

-En aquel mismo momento. Trabajamos como diablos. Pero durante el bombardeo, habían dejado algunos carros abandonados en medio de la carretera. Intentamos empujarlos y acercarlos al contén pero no conseguimos moverlos. Además teníamos miedo que nos vieran los dueños y luego dijeran que queríamos robarlos.

-Vamos, vamos. Um Sa'ad, ¡qué cosas dices!

-¡Que si te lo digo! ¡Qué poco sabes de la vida...!

Vestida de harapos y con el pelo al viento –porque el pañuelo me lo hizo volar un avión-, y con la cara cubierta de sudor y arena, ¿qué te imaginas que haría si uno de esos propietarios me señalara con el dedo y dijera: “es ella... la he visto robando mi automóvil?”.

-Te equivocas, Um Sa'ad, lo que hacías estaba bien, pero que muy bien.

-Ya lo sé, pero, hijito, no podré nunca confiar en un hombre que deja su auto abandonado en el medio de una carretera, y huye... en un momento así... No, no podré.

El fuego se fue aplacando, pero el humo seguía envolviendo el horizonte. Um Sa'ad, de pie encima de la arena, se contemplaba las manos llenas de heridas. Los niños volvían a sus casas. Entonces pensó en Sa'ad. Lo sentía en su cuerpo como el día que lo echó al mundo. La invadió un sentimiento extraño que no podía explicar, una especie de confianza, de esperanza en el futuro. En algún lugar, pensaba, estaba ahora Sa'ad, firme como un tronco, como una roca, haciéndoles pagar aquello con las armas.

Um Sa'ad abrió las manos ante mí. En sus palmas callosas, las heridas eran como rojos ríos secos. Esas manos despedían un olor único... el olor de la resistencia cuando se hace cuerpo y sangre en el hombre.

-No es nada... son heridas sin importancia.

-¿Esto? Pues claro. Desaparecerán, el tiempo las borrará. La herrumbre de los platos que friego, la porquería de las baldosas que limpio, la ceniza de los ceniceros que vacío, la suciedad del agua con que lavo, se irán acumulado

encima de las heridas y las harán desaparecer anegadas en torrentes de cansancio, restañadas por mi aliento, bañadas a diario en el sudor cálido de las manos con que amaso el pan de mis hijos... Sí hijito... los días de servidumbre las cubrirán de un caparazón, pero sé que debajo seguirán taladrándome. Lo sé.

LA CARTA QUE LLEGÓ TREINTA Y DOS AÑOS DESPUÉS

Aquel día Um Sa'ad empezó a recordar viejos tiempos. Habló de un hombre llamado Fadel al que parece que habían matado en 1948, ¿o sería después?, no se acordaba muy bien. Pero eso no tenía demasiada importancia, ya que la historia tenía que ver desde el principio con otra persona.

Parecía preocupada. Se puso a dar vueltas por la casa sin saber qué hacer. Estaba distraída, no escuchaba lo que le decía. Salió al balcón y se puso a hacer cosas inútiles que no hacían ninguna falta. Por lo menos eso es lo que a mí me parecía y creo que a ella también.

-A Um Sa'ad le pasa algo hoy, no la tiene todas consigo- dijo mi mujer.

Yo sabía que Um Sa'ad era un arca cerrada que guardaba celosamente sus penas, sin revelar a nadie lo que se agitaba dentro de ella, si eran voces de cansancio, de inquietud o de angustia. Así que decidí hacer como si nada hubiera notado y dedicarme a mis cosas, cuando me preguntó si conocía a un campesino de Gabsiya llamado Fadel o si había oído hablar de él.

Al decirle que no sabía quién era se quedó desconcertada. Entonces me preguntó si conocía un tal Abdel Mawla, de una aldea al este de Gabsiya.

-¿No era el que colaboraba con los israelíes y llegó a ser su diputado?

-El mismito.

-Pero, ¿por qué te acuerdas ahora de él?

Volvió a sumirse en una actitud sombría sin que fuera posible arrancarle una palabra. Le rogué que no excitara más mi curiosidad. Quería saber qué sentido tenía aquella extraña vuelta al paso, por qué surgían ahora en su recuerdo aquellas personas, ausentes de su memoria desde hacía veinte años. Por fin, susurró muy quedo que Abdel Mawla había matado a Fadel.

Aquellas palabras eran de un laconismo extraño. Y, sin embargo, las cosas debían haber sido más complejas. Siguió dando vueltas como un gorrión que, transido de frío, buscara refugio.

-¿Le ha sucedido algo malo a Sa'ad?

-No, nada malo, ayer tuve noticias tuyas... pero hijo mío, la verdad es que hay algo que me preocupa.

-¿Qué ha pasado Um'ad?

Sacó del pecho un papel arrugado y me lo tendió:

-Me lo leyó Hasán y desde entonces no he dejado de pensar en ello.

Conocía la letra de Sa'ad y vi que la carta era suya. Estaba escrita con lápiz de punta gruesa. Hablaba de uno de sus compañeros llamado Laiz que había caído preso. Su familia había acudido a Abdel Mawla para que intercediera por él, aduciendo viejas relaciones entre las dos familia. Intenté

seguir leyendo aquella extraña carta, aunque las letras aparecían casi borradas o habían desaparecido en los pliegues comidos del papel.

-¿Y qué es lo que te preocupa, Um Sa'ad?

-Sa'ad me pide que vaya a ver a su madre que le diga que no haga nada de eso.

-¿Y has ido?

-Esta mañana pensé junto a su casa en el campo, pero cuando llegué delante de la puerta vacilé y no supe qué hacer. No es fácil, hijo mío, no, la cosa no es fácil. En un caso así, lo único que te apetece con la gente es escupirles a la cara.

-Y, ¿qué tiene que ver Sa'ad con toda esta historia?

-Conoce a Laiz desde que los dos eran pequeños. Mira, ¿para qué mentirte?, lo que yo creo es que el propio Laiz anda detrás de todo esto. Debí de decirle a Sa'ad que si alguna vez le pasaba algo y la familia intentaba escribir a Abdel Mawla, pues lo que debía hacer Sa'ad era meterles un tiro.

Se derrumbó en el asiento como un objeto que cayera por su propio peso, en aquella postura tan suya con las manos cruzadas sobre el pecho como dos pajarillos que se fundieran en un abrazo. Podía ver un trozo de la carta que le sobresalía de entre los dedos. Aquella carta era un grito venido de lejos al que me era imposible responder, un gemido de dolor que era incapaz de aliviar. Sentí que me había traspasado toda su angustia.

-Conozco a Sa'ad y sé que lo hará.

-¿Pero estás segura de que la familia de Laiz ha escrito a Abdel Mawla?

-No, no lo estoy, pero tengo que hacer algo. Ahí está lo difícil. ¿Qué opinas tú? Si estuviera segura de ello, no vacilaría lo más mínimo. Pero eso de ir a ver a Um Laiz y decirle así sin más: "Buenos días, Um Laiz, Sa'ad me manda que le diga..." ¡Qué va!, eso no es fácil. Desde anoche me siento como si llevara un fardo a cuestas. Te lo digo de verdad, cuando Hasán me leía la carta y oí el nombre de Abdel Mawla, empecé a temblar como si estuviera poseída de todos los diablos... Ese hombre, Dios mío, ya desconfiaba yo de él desde hace tiempo, desde los tiempos de Palestina.

Movido por la curiosidad que me dominaba, le pregunté:

-¿Eso fue antes de que muriera Fadel?

-¿Ves?, has pensado de inmediato en Fadel. No se puede pensar en Abdel Mawla sin acordarse de Fadel. Sa'ad habla de los dos en la carta.

-Antes dijiste que Abdel Mawla había matado a Fadel.

-Bueno, no exactamente eso, quiero decir, no es que agarrara un fusil y le disparara un tiro.

-¿Cómo fue entonces?

-Abdel Mawla era jefe de una gran familia. Era dueño de muchas tierras en las que trabajaban los campesinos. Tenía olivos y tabaco que vendía a la

compañía de Karmán. Claro, tú no te acuerdas de esos tiempos y por eso no sabes quién era Fadel. Pues era como nosotros, un campesino sin tierra. Cuando la revolución de 1936 se echó al monte descalzo con su fusil y durante mucho tiempo no se le volvió a ver.

Um Sa'ad era entonces muy joven, una chiquilla todavía. Había oído hablar de aquellos acontecimientos, pero no se acordaba muy bien del todo. Sí, hubo una huelga que duró seis meses y los campesinos tomaron las armas y se echaron al monte.

Y después hubo aquel mensaje de los reyes árabes y los hombres volvieron a sus casas. No recuerdo muy bien cómo fue aquello. Si me preguntas ahora lo que pasó, no sabría decírtelo. Ahora, eso sí, hay una cosa que recuerdo muy bien. Dijeron que en la aldea tal había una fiesta. ¡Qué vergüenza!, ¿una fiesta para qué? Bueno, el caso es que nos dijeron que fuéramos todos. El viaje era gratis, así que fuimos por ver.

Ese día Fadel bajó al pueblo con otros campesinos. Bajó el monte descalzo, como había subido y como había vivido siempre. El camino era largo y, a la plaza del pueblo, llegó de los últimos, agotado, con los pies ensangrentados y el traje hecho jirones, al mismo tiempo que otro de una aldea vecina. La plaza era un hervidero de gente y Fadel no hallaba sitio donde poder sentarse hasta que al fin encontró un lugar a la puerta de una casa, al otro extremo de la plaza, y allí se puso a curarse un poco los pies pues los tenía magullados y llenos de tierra, espigas y sangre.

Yo estaba con las mujeres, no muy lejos de él. Al principio, no me di cuenta de su presencia hasta que oí a una mujer diciéndole a otra que Fadel había trabajado en la almazara y fue uno de los primeros en echarse al monte. Después la gente empezó a aplaudir. No recuerdo ahora lo que habló ese día... sin duda fue de la revolución, de la victoria, de los ingleses y de los judíos. No sé por qué en aquel momento me volví y miré hacia Fadel. Vi que tendía la mano hacia la gente y decía algo. Al principio creí que pedía que le dieran algo de beber o de comer, y me acerqué a él. Pero cuando estuve a su lado, me di cuenta de que hablaba solo. Aquello no lo olvidaré nunca, hijo mío, de veras, aquello se me quedó grabado para siempre.

-¿Y qué decía?

-Oí que decía: “Eso, eso, yo soy el que voy con los pies llagados, pero es a ése al que aplauden”. No sé por qué esa frase se me quedó grabada en la mente desde hace tanto tiempo. No es que la tenga siempre presente, pero está ahí y cuando recibí la carta de Sa'ad volvió a surgir y entonces me acordé de los dos, de Abdel Mawla y de Fadel...

Sacó la hoja de papel blanco toda comida por los pliegues y la abrió ante mis ojos. A pesar de su brevedad y concisión, aquello más bien parecía un

novelón.

Um Sa'ad prosiguió:

-¡Y ahora ese Abdel Mawla que vuelve a aparecer después de veinte años! ¿Te das cuenta, hijo mío? ¿Cómo es posible? No es de Laiz de quien quiero decir? Fadel murió después. Algunos dijeron que estaba tuberculoso de trabajar en la almazara, otros que resbaló y se cayó en un barranco, y otros que lo mataron en la guerra de 1948. También hubo quien dijo que se había ido de Palestina en 1949 y que al regresar lo mataron en el camino. Pero nada de esto importa ahora. Yo lo sigo viendo sentado a la puerta de aquella casa, con los pies ensangrentados y llenos de tierra. No puedo imaginármelo muerto. Aún oigo los aplausos, las felicitaciones, los gritos de júbilo de las mujeres... Y Abdel Mawla, como te dije, es ahora un personaje importante allí. Un traidor, por eso es importante para ellos. ¡En el Parlamento! ¡Qué vergüenza!

Se levantó y se puso a dar vueltas como si algo la atara a aquella carta que Sa'ad había escrito desde sabe Dios dónde (puede que apoyado en el tronco de un árbol o en la culata del fusil y por eso la letra era tan tosca y de trazos tan irregulares).

-¿Y qué piensas hacer ahora, Um Sa'ad?

Movió la cabeza con un gesto de desconcierto.

-Si fuera a ver a Um Laiz y le contara la historia de Fadel y de Abdel Mawla, ¿crees que eso serviría de algo?

-Quizás. Pero, ¿por qué hablas como si estuvieras segura de que la familia de Laiz piensa escribir a Abdel Mawla?

-No, no estoy segura de nada, pero de todos modos no tengo más remedio que hacer algo... Ah, hijo mío, se ese día Fadel hubiera matado a tiros a Abdel Mawla, el problema se habría terminado.

Me callé. Hubiera querido decirle que de haber sido así, otras muchas cosas tampoco habrían pasado. Puede que ella mismo no hubiera tenido que permanecer veinte años en aquel campo. Pero me abstuve y no dije nada.

-Si hubiera hecho eso, la gente no habría matado.

-Es verdad, ese día sí que lo hubiera matado... Hubiera sido mejor para él quedarse en el monte y no haber asistido a esa fiesta.

-Pero, Um Sa'ad, si se hubiera quedado en el monte, Abdel Mawla no habría podido organizar esa fiesta.

-Ya lo sé. Si hubieran quedado todos. Pero, ¿qué fue lo que pasó? Pues que al pobre Fadel lo utilizaron. En la almazara, después en el monte, y luego otra vez en la almazara. Y si hubiera venido al campo, también se habrían aprovechado de él.

-Eso es lo que Sa'ad quiere impedir, ¿comprendes ahora? No quiere que hagan de Laiz un nuevo Fadel...

Se volvió y me miró directamente a los ojos con esa mirada tan suya que

arroja como una lanza en los momentos proféticos mientras apunta a la verdad. Con un ademán lento, pero decidido, me tendió el papel blanco medio roto como el ala de un pájaro que huyera del olor del combate y de la muerte. Sus palabras resonaron en mí como un cañonazo.

-Nunca nadie habló así a ese pobre Fadel. ¿Por qué no lo haces tú ahora, tú que has aprendido en los libros y en la escuela? ¿Por qué no se lo dices tú a la familia de Laiz?.

POR DOS LIBRAS MÁS

Um Sa'ad amarró su fardo, se lo puso debajo del brazo y salió para regresar al campo, pero al poco rato volvió a entrar, me agarró por el codo y me llevó al balcón. Allí me señaló a un hombre pequeño de estatura que permanecía de pie junto a una bicicleta, a la vuelta de la callejuela que baja hasta la calle principal.

-¿Ves esa mono?

-¿Ese que está apoyando contra la pared cerca de la bicicleta?

-El mismo. Por lo que más quieras, vete a verlo y dile que se largue y que me deje en paz...

-¿Por qué, Um Sa'ad?

-Haz lo que te dijo, si no seré yo la que baje y le pegue.

Bajé con Um Sacad y tomamos por el otro extremo de la calle para evitar pasar ante aquel personaje misterioso. En el camino, Um Sa'ad me contó que aquel hombre la esperaba allí porque quería obligarla a que volviera a trabajar en uno de los grandes edificios del centro de la ciudad, en el que había pasado un mes y tres días fregando el portal y las escaleras por cinco libras al día.

-Y ese hombre, ¿quién es?

-El portero de la casa. Es el dueño el que lo manda. Me persigue desde hace una semana, pero yo no quiero volver a trabajar ahí, no quiero volver a ver esa cara de mono.

-Pero, Um Sa'ad, con eso te ganas el pan.

-Eso es lo que yo creía. ¿Sabes?, un día el portero vino a verme y me ofreció trabajo en esa casa. Lo que había que hacer era fregar el portal las escaleras desde arriba, desde el séptimo piso o el octavo piso, no sé muy bien, hasta la calle. Me dijo que ganaría cinco libras al día. Como me costaba trabajo subir las escaleras, me prometió que me dejaría subir en el ascensor sin que el dueño se enterase. Así, el trabajo sería más fácil. Tres veces a la semana. Me dije a mí misma que no estaba mal y que era la voluntad de Dios..., pero al cabo de un mes y tres días.

Um Sa'ad había llegado al tercer piso. Descalza entre el agua y la espuma de jabón, jadeaba penosamente con los pies ateridos por el frío del invierno. Tenía las manos moradas de tanto frotar el mármol sucio de pisadas. Era de noche y las gentes dormían profundamente, bien calenticas, tras las puertas bien cerradas. De pronto, sintió detrás la presencia de alguien. Una mujer, con los brazos cruzados sobre el pecho, la miraba con atención. Parecía como si la esperara allí desde una eternidad. Sus miradas se cruzaron.

-¡Hola! ¡Que Dios te dé salud!

-Lo mismo a ti, hermana

Um Sa'ad se irguió hacia atrás para desentumecerse los huesos adoloridos. Aquella mujer misteriosa tenía aspecto de campesina.

-¿Querías algo?

-He venido para hablarte. Antes era yo la que fregaba las escaleras tres veces a la semana hasta que un día, de eso hace un mes y tres días, vino el dueño a despedirme. ¿Cuánto te pagan?

-Cinco libras.

-A mí me daban siete. Tengo cuatro hijos. Me dijeron que siete libras era mucho.

-Así que entonces por causa de ellos te quité el pan. ¡Que Dios se los quite a ellos!

La mujer se acercó más a Um Sa'ad.

-Pero, ¿tú que culpa tienes? Eres igual que yo, también tienes hijos. Se me ocurrió venir a verte por si el sitio en el que trabajabas antes de venir aquí estuviera libre aún.

-¿De dónde eres, hermana, si no es indiscreción?

-Del sur.

-¿Palestina?

-No, libanesa del sur.

Um Sa'ad se enjugó las manos en el vestido, se bajó las mangas y miró en torno suyo.

-Hermana, te juro que no sabía nada. No me dijeron ni una palabra de ello. Toma, friega el resto de la escalera. ¡Que Dios los confunda, a la casa y al dueño! Llevo aquí trabajando un mes y tres días y todavía no he cobrado las dos últimas semanas. Mañana por la mañana, le dirás al dueño que Um Sa'ad te ha dado su salario.

La mujer sollozaba. La escalera estaba inundada y el agua que caía susurrante de un peldaño a otro llegaba a sus oídos como el clamor de un río profundo. Sin volverse, Um Sa'ad bajó la escalera. Aún oía los sollozos de la mujer. Cuando llegó al portal, se detuvo un instante y volvió a oír el gorgoteo del agua que caía de nuevo. Respiró hondo y salió a la calle. Entonces se dio cuenta de que también ella lloraba.

-¿Y ese hombre que quiere de ti?

-Pues que vuelva. La última vez, me dijo que esa mujer no trabajaba bien, que no les gustaba y que lo hago mejor. ¡Embusteros! Los conozco muy bien lo que quieren es ahorrarse dos libras.

Llegamos a la calle principal. Um Sa'ad se detuvo y señaló con la mano la ciudad que se alzaba a lo lejos, ruidosa, tumultuosa.

-Cada vez que pienso en esa historia se me revuelven las tripas y me dan

ganas de llorar. Cuando veo a ese portero que me persigue me dan escalofríos... Quisieran que nos pegáramos unos a otros por dos libras... Un edificio grande como ése vale más de mil libras, ¡qué digo!, mucho más, y a pesar de eso no les importa nada empujar a una mujer a quitarle el pan a otra. ¡Y si no mira lo que está haciendo ese portero, ese tipo repugnante! Siempre dispuesto a complacerlos y a hacer lo que le pidan, todo el santo día pedaleando en bicicleta para que se ahorren dos libras. ¡Qué vergüenza!...

Entretanto, habíamos llegado a la calle principal. Nos detuvimos a esperar un auto que la llevara al campo. Entonces, soltó una de sus ideas:

-Si el portero, la mujer y yo, le hubiéramos dicho al dueño...

No siguió. Miraba a la ciudad envuelta en el polvo de un triste atardecer.

UM SA'AD CAMBIA DE AMULETO

Um Sa'ad contó que el efendi⁵ se había puesto furioso aquella mañana cuando ella le dijo: “Si a quien buscas es a Sa'ad, ¿por qué no vas a buscarlo en el valle del Jordán?” Solía pasar por su casa todos los días bien temprano y le hacía preguntas sobre Sa'ad: “¿Ha vuelto? Oí decir que estaba aquí”. Um Sa'ad se le quedaba mirando sin decir una palabra. Pero aquella mañana traía algún propósito y, después de detenerse unos instantes, le preguntó, mientras señalaba una foto pegada en la pared con una puntilla:

-¿Es Sa'ad?

En aquella foto, Sa'ad tenía un rostro de lo más sonriente, bajo la pelambre encrespada sin peinar. Um Sa'ad tuvo el vago presentimiento de que algo iba a pasar, se abalanzó hacia la pared, arrancó la foto y se la metió en el pecho.

El efendi vaciló un poco y después dio un paso adelante, pero Um Sa'ad lo detuvo tajante:

-¡Intenta quitármela si eres hombre!

El efendi, paralizado por la sorpresa, miró en torno suyo confundido.

-Si a quien buscas es a Sa'ad, ¿por qué no vas a buscarlo en el valle del Jordán?.

El efendi sonrió e indicándole el pecho, le dijo:

-¿Qué es ese collar que llevas, Um Sa'ad?

Era la alhaja que Sa'ad le había dejado antes de irse y que al meter la foto en el pecho debió de habersele salido sin ella darse cuenta. Aquello sucedió la última vez que Sa'ad había venido a visitarla. Una cadena de metal de la que colgaba una bala de ametralladora agujereada en el caso y vaciada la pólvora.

El efendi volvió a la carga:

-¡Pues sí que todas no se cambian poco de alhajas en estos días!

Um Sa'ad lo miraba sin perderlo de vista un instante, mientras en la mano apretaba la bala, con fuerza. Por fin, le dijo:

-Esto no es una alhaja.

-¿Entonces, qué es?

-Un amuleto.

-¿Un amuleto?

⁵ Palabra de origen turco que equivale a señor. Afandi era el título de cortesía que se daba a los que no eran bajaes: La palabra va precedida del nombre propio. Así se dice Mohammed efendi. Cuando va sola y precedida del artículo (al efendi o, en los dialectos, el efendi) significa también una persona indeterminada. Utilizada así, como lo hace Um Sa'ad, puede tener cierto sentido irónico (“el señor”, “el caballero”, dicho como retintín) o ligeramente despectivo (“el individuo”, “el sujeto”, etcétera).

- Sí, un amuleto.
- ¿Te lo regaló Sa'ad?
- Sí, fue Sa'ad.

El efendi inspeccionó despacio con la mirada el cuarto miserable, se detuvo en los colchones amontonados en una esquina, los platos de metal todavía sin fregar y el techo de hojalata que empezaba a arder con el calor del verano y, por último en el montón de barro delante de la puerta.

- ¿Cómo has dicho entonces que Sa'ad no había venido?
- No, no fue eso lo que te dije. Vino y volvió a irse.
- ¿No te había dicho que me avisaras cuando viniera?
- Tenía miedo.
- ¿De quién, de él?
- No, de ti.

Aún apretaba con fuerza la bala, bien pegada contra su pecho. Bajo la ropa, sentía la foto de Sa'ad, cálida. Antes de salir, el hombre se detuvo junto al ventanuco abierto en la pared. En el marco, había un trozo de tela triangular de muchos colores que colgaba de un corcel. Lo agarró y se puso a balancearlo.

- ¿Era este tu antiguo amuleto?
- Sí, ése era.
- ¿Y por qué...?

No prosiguió. La respuesta era evidente, como podía leerse en su mirada y en sus dedos que agarraban con fuerza la bala. Se quedó mirándola fijamente y después salió.

Entonces, yo le pregunté:

- Pero, Um Sa'ad, ¿cuándo te envió Sa'ad esa bala?
- No me la envió. La dejó en casa cuando vino a visitarme la última vez.

La veía todos los días en el colchón hasta que por fin decidí llevarla puesta en el pecho. El hijo del vecino me la colgó de una cadena después de sacarle la pólvora.

- ¿Y el antiguo amuleto?

-Me lo había hecho un viejo sheik cuando todavía estábamos en Palestina.

Un día dije a mí misma: “Ese hombre debe de ser un charlatán, ¿eso es un amuleto? Lo llevo colgado desde que tenía diez años y no nos ha protegido de la miseria, de este bregar sin descanso ni de que nos expulsaran de nuestras casas. Hace veinte años que vivimos aquí. ¿Un amuleto? Hay quienes verdaderamente se ríen en las barbas de la gente”. Aquella mañana, me dije a mí misma: “Si con el amuleto las cosas son así, ¿qué sería sin él? ¿Hay algo pero que esto?” Pero después me dije: “Por lo menos esto es Sa'ad...”, ya lo sabes, ¿para qué contarte todo?

-Por tu culpa has puesto a Sa'ad en un aprieto. Si ahora no vuelve se lo van a hacer pagar.

En su mirada se leía cierta ironía. Antes de que dijera nada, comprendí cuál sería su respuesta.

FUSILES EN EL CAMPO

De pronto todo cambió, Abu Sa'ad dejó de ir al café y empezó a hablar a su mujer con más dulzura. Aquella mañana, le había preguntado si se sentía cansada y cuando ella, extrañada de la pregunta, le dirigió una mirada interrogadora, él sonrió.

De costumbre, volvía a casa con los nervios de punta y después de pedir la comida, en un tono desabrido, se iba a la cama después de tragar el último bocado.

Cuando estaba en huelga se volvía todavía más agresivo. Iba al café en donde pasaba el tiempo mientras bebía té, jugaba a las cartas e insultaba a la gente. Cuando volvía a casa era algo insoportable. Con la cabeza entre las toscas manazas llenas de cemento y de tierra, se quedaba dormido y empezaba a roncar. Por la mañana, amanecía siempre de mal humor, y sin razón, lanzaba miradas furiosas a Um Sa'ad mientras ella preparaba sus miserables bultos para ir al trabajo. Un día, hasta sintió en su aliento olor a vino.

Ahora, de repente, todo cambió. Cuando oye pasos delante de la ventana de su cuchitril, en el pasadizo angosto cubierto de barro que no puede atravesar más de una persona a la vez, asoma la cabeza para hablar con el que pasa, hace miles de preguntas y habla del Klanchinkov, al que prefiere llamar sólo el Klachen como dice Sa'ad cuando viene a visitarlos.

Era mediodía, cuando se dirigió hacia donde estaba el altavoz que lanzaba al aire un discurso que nunca había oído hasta entonces. Subido encima de un muro, podía observar todo desde allí. Se quedó estupefacto al ver que niños y niñas, y también hombres, saltaban por encima de una hoguera, se arrastraban por debajo de las alambres y esgrimían armas. Vio a Sa'id, su hijo pequeño, que, ante una multitud de gente, explicaba lo que un combatiente tenía que hacer para calmar el dolor cuando ha recibido un bayonetazo.

Cuando Sa'id entró en el corro para continuar su demostración, la gente comenzó a aplaudir. Um Sa'ad que estaba allí, se acercó a su marido y se subió encima de un tejado bajo para poder ver lo que pasaba. Cuando divisó a Sa'id, lanzó un prolongado grito de júbilo al que respondieron otros muchos por todas partes. Abu Sa'ad le dijo: "¡Mira!... ¿Lo has visto? Es Sa'id. ¿Lo ves? Fíjate bien". ¡Cómo si no lo viera! ¡Como si no estuviera junto a él en el centro de aquel corro contando las gotas de sudor que corría por su pequeña frente morena!

Sa'id se fue acercando a su adversario paso a paso, con los puños tendidos y un poco inclinado hacia adelante. En ese momento, Abu Sa'ad puso la mano en el hombro de su mujer y lo apretó con un gesto de ternura inesperado para

ella. Los ojos se le inundaron de lágrimas, aunque disimulaba su emoción y seguía toda ella pendiente de lo que hacía su hijo. Después, los aplausos retumbaron por toda la plaza cuando Sa'id esquivó un bayonetazo y, con la rapidez del rayo, arrancó el fusil de las manos de su adversario y, luego de girar sobre sí mismo, lo alzó en el aire bajo la bandera, cuyo chasquido al ondear al viento, se confundía con el de las manos que aplaudían, como si fuera otro aplauso más.

Abu Sa'ad aplaudía sin cesar. Se había puesto de pie y miraba en torno suyo, orgulloso. Después su mirada se cruzó con la de Um Sa'ad, se inclinó hacia ella y volvió a decirle:

-¿Lo has visto? ¡Es Sa'id!

Apuntaba en dirección al muchacho al tiempo que acercaba la cabeza a la de su mujer para mostrárselo bien y alzaba la voz:

-Aquel que está allí, el que levanta el fusil, ¿lo ves bien?.

Para no estallar en una carcajada, lanzó otro grito de júbilo. Los aplausos continuaban, mientras el muchacho seguía esgrimiendo el fusil ante la muchedumbre, con la frente iluminada por los últimos rayos del sol poniente. Un hombre viejo, sentado en el canto de la pared, se volvió hacia Abu Sa'ad.

-Si hubiera sido así desde el principio, no nos habría pasado lo que nos pasó.

Abu Sa'ad asintió, sorprendido, así y todo, de ver al viejo con lágrimas en los ojos.

-¡Ah, si hubiera sido así desde el principio!

Agarró el viejo por el hombro, tendió el brazo y le señaló el centro de la plaza.

-¿Ves a ese muchacho que alza el fusil? Es mi hijo Sa'id. ¿Lo ves?

Y el viejo que, sin duda, no veía muy bien, contestó:

-¡Que Dios te lo conserve!, es un buen muchacho.

Abu Sa'ad levantó la cabeza mientras decía:

-Su hermano mayor Sa'ad está con los fedayines en el valle del Jordán.

-¡Que Dios los bendiga!

Tiró de su mujer hacia sí para mostrársela al viejo que aún miraba hacia la plaza:

-Y esta que ves es la madre, la mujer que ha parido hijos que luego son fedayines. Los echa al mundo y Palestina se los lleva.

En ese momento, el viejo se volvió para mirar a Um Sa'ad que reía sin apartar la vista de su hijo. Sa'ad había devuelto el fusil a su compañero y después corrió para unirse a la larga fila de niños vestidos de caqui que permanecía alineados en el extremo de la plaza.

Por lo que dijo Um Sa'ad, su marido ha cambiado desde ese día. Desde luego, ahora las cosas son diferentes. El hombre dice que sólo ahora le ha

tomado gusto a la vida.

Y añade:

-Hay que ver a los chicos en el campo. Todos tienen un fusil o una metralleta y en todas las casa hay un uniforme caqui. ¿Has visto lo que ha hecho Sa'ad?.

-¿Qué tiene que ver Sa'ad con todo esto?

-¿Cómo que no tiene nada que ver? ¿Acaso crees tú que todo esto llega así sin más ni más? ¡Ay, hijo mío, si supieras! El fusil es como el sarampión, contagioso. Entre nosotros, en la aldea, cuando un niño había tenido el sarampión, decían que era como si empezara a vivir y que ya quedaba bien "armado". Así que desde el día en que vi a Sa'ad con una metralleta, le dije al mujtar cuando pasó a verme aquella mañana: "Demasiado tarde". Y el miércoles, el primero en irse fue el efendi cuando el campo se puso a arder como si hubieran prendido con un fósforo un montón de paja. ¡Y si hubieras visto a los muchachos!

-¿Y Abu Sa'ad?

Empezó a batir palmas y me pareció oír el chasquido de dos pedazos de madera que entrechocaran.

-La miseria, hijo mío, la miseria que hace del ángel un demonio un ángel. ¿Qué otra cosa podía hacer más que dejarse llevar de la ira y descargar con la gente, conmigo, y hasta con su propia sombra?. Estaba aplastado, aplastado por la miseria, la humillación, la cartilla de racionamiento, aplastado bajo ese techo de cinc, bajo la bota del Estado. ¿Qué podía hacer? Cuando Sa'ad se fue recobró algo de ánimo, mejoró un poco, pero cuando vio a Sa'id entonces todo fue mucho mejor, sin comparación. El campo cambió de aspecto. Pudo levantar la cabeza y mirar, mirarme a mí, mirar a sus hijos, de otra manera. ¿Comprendes? Si lo vieras ahora, camina como un gallo. Cada vez que ve pasar junto a sí un fusil al hombro de un muchacho, no deja de darle un golpecito como si fuera la vieja escopeta que le robaron y volviera a encontrarla allí. -Se interrumpió un instante como si recordara otra cosa-. Esta mañana se levantó bien temprano y cuando lo encontré en la calles estaba de pie, apoyado contra la pared y fumando un cigarrillo. Antes de darme los buenos días, me dijo: "¡Dios, Um Sa'ad, mira que hemos vivido y hemos visto cosas!".

Tomó sus fardos y fue hacia la puerta. Toda la habitación se llenó de olor a campo. Al cabo de un instante, cuando creía que ya se había ido, la oí gritar con todas sus fuerzas, a la entrada.

Mi dirigí hacia allí y vi a Um Sa'ad agachada encima de la tierra, en el lugar donde había plantado aquel palo seco que me trajo una mañana, hace ya tanto tiempo que me parece una eternidad. Estaban mirando aquel brote verde que nacía pujante de la tierra con un crujido como si estuviera animado de voz.